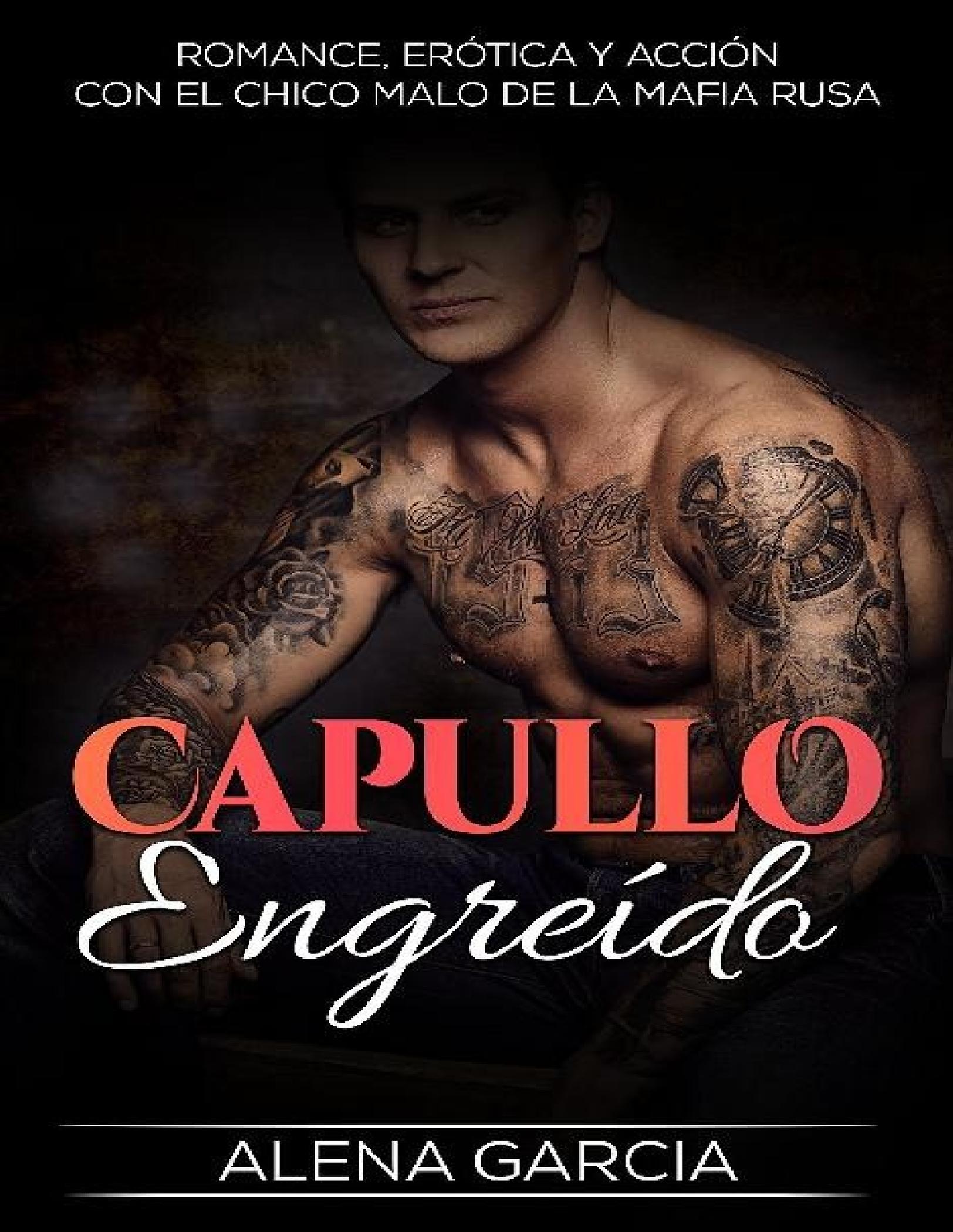


ROMANCE, ERÓTICA Y ACCIÓN
CON EL CHICO MALO DE LA MAFIA RUSA



CAPULLO
Engreída

ALENA GARCIA



CAPULLO ENGREÍDO

Romance, Erótica y Acción con el Chico Malo de la Mafia Rusa



Por Alena Garcia

© Alena Garcia 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alena Garcia.

Primera Edición.

*Dedicado a Samira,
el primer choque de culturas en mi mundo.*

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

PRIMERA PARTE

Toda mi vida he hecho lo que me ha salido de los huevos y he rendido pocas cuentas, las justas y necesarias.

Nací en una aldea del norte ruso, en Katunino, junto al lago Lajta, en el óblast (región) de Arjánguelsk. Este lugar antes no estaba reflejado en los mapas. Era uno de los numerosos pueblos secretos de la desaparecida Unión Soviética.

Aquí los militares llevaban a cabo investigaciones que no conocía nadie. Pero cuando yo vi la luz por primera vez, ya había desaparecido todo indicio de secretismo. Tengo menos de veinticinco años, no nací en la Unión Soviética, no sé si decir por suerte o por desgracia.

Algunos abuelos del pueblo echaban, y siguen echando de menos aquellos tiempos. Los entiendo. Nuestros pobres jubilados no pueden llegar a fin de mes con las pensiones que reciben. Antes tenían muy poco, pero siempre lo justo para comer. Los alimentos costaban unas pocas kopeikas.

Pasé la infancia casi en soledad. Se puede decir que soy de padre desconocido, pero prefiero ser sincero y contar que ese cabrón hijo de puta nos abandonó a mi madre y a mí en cuanto supo que estaba embarazada. Mi pobre progenitora tuvo que luchar mucho para sacarme adelante.

Trabajaba desde el amanecer limpiando algunas casas, cuidando a los niños de los pocos adinerados de la zona y haciendo otras chapuzas que le surgían. Volvía a casa por la noche, derrengada, la pobrecilla. Yo pasaba el día solo.

A la escuela fui unos pocos años, hasta los once. Después, me escapaba a diario e iba con los colegas a pasear, a fumar nuestros primeros trujis y a hacer gamberradas sin fin. Una de nuestras favoritas, había que ser cabrón, era quitar la llave del contacto a los coches que dejaban arrancados por la noche en invierno.

El intenso frío no permitía que los coches pudieran apagar el motor. Por la mañana no arrancaban si se apagaba. Era una putada gorda para esa pobre gente que madrugaba y tenía que ir a trabajar.

Pienso que crecimos así, con maldad innata. El que nace cabrón, toda la vida será justo eso. La naturaleza no se puede cambiar. A los catorce años me hice con el poder de todos los niños y adolescentes de Katunino y alrededores.

Formábamos un heterogéneo grupo que lo mismo torturaba animales como acosaba a las mujeres hasta que las veíamos correr desesperadas o robaba en los huertos y en las tiendas.

Robé mi primer banco a los quince años en la capital, en Arjánguelsk. Entré decidido, sin taparme la cara con nada y, tras amenazar a un cajero con un cuchillo enorme de cocina, me llevé todo lo que tenía el banco ese día: dos millones de rublos.

Es cierto que no era mucho, pero para mí era una montaña de dinero que no supe ni cómo iba a gastar. Volví a Katunino con todo ese dinero metido en varias bolsas de supermercado. La policía me localizó a los tres días y me detuvo. Me llevaron a una especie de reformatorio, un asqueroso antro donde lo pasé muy jodido.

Allí había hijoputas que tenían mucha vida y tuve que tragar quina de la buena. Conseguí que no me petaran el culo, aunque tuve que recibir, para ello, muchas palizas. Siempre he luchado bien, desde niño.

Con aquellos cabrones tuve que emplearme a fondo. Tumbé a tres, pero el cuarto consiguió tirarme al suelo y patearme la cara y las costillas. Aun así, no bajé mis pantalones en ningún momento. Desde ahí me respetaron.

Aprendí mucho de esa gente. A abrir puertas, a arrancar coches de todo tipo, a dar tirones de bolsos, a realizar fáciles timos a los imbéciles que no saben ni dónde tienen la mano derecha...

En fin, que me convertí en el clásico criminal juvenil que apunta maneras para entrar en una mafia y acabar sus días o acribillado a balazos o en la trena por siempre.

Lo único que me daba pena era mi pobre madre. Tengo dos tatuajes de ella. El primero me lo hice en el pecho, con su rostro y una lágrima cayendo, que era la visión que tenía de ella. El otro es de su nombre, en mi bíceps derecho.

Yekaterina. He reventado a mucho idiota por mentarme a la madre, solo por mentarla, sin insultarla. Es sagrada para mí y no resisto ni un mal chiste contra ella, ni contra ninguna otra madre en general, aunque no la conozca.

A los diecisiete estaba libre. Aquel centro fue mi universidad para el delito. Me mudé a Píter (San Petersburgo) para tratar de hacer carrera. Intenté hacerme un hueco como carterista en las estaciones de metro y de tren.

A los pocos días los jefes del lugar casi me pescan. Corrí como una liebre atómica y logré escapar. Entonces, me metí en garitos intentando que algún pequeño capo de grupo se fijara en mis aptitudes.

Era asiduo de billares y de cervecerías de baja estofa. Un tipo, un ucraniano que hablaba con la voz cascada, me enseñó a jugar bien al billar y así conseguía algunos rublos para sobrevivir decentemente.

Él me enseñó a jugar bien, pero yo, cuando veía que iba a perder, montaba un pifostio descomunal con el contrincante acusándole de haber movido bolas en su favor y la pelea que se montaba solo podía pararla la bofia, con sus sirenas.

Las chavalas me adoraban. ¡Qué tiempos! En aquellos años, por ser invitadas a un café y a un poco de comida en un restaurante que no llegaba a la categoría de “mala muerte”, se abrían de patas fácilmente. Invitaba a toda tía que me atraía físicamente. A la mayoría de los tíos les gusta follar.

A mí no es que me guste, no es ese el término idóneo. Es que lo necesito como el aire para respirar. Sin follar a diario no soy persona. Y las niñas que hay en Píter son... gloria bendita para un eterno hambriento sexual como es mi caso.

Qué piernas tienen, cómo andan, qué manera de mirar... Si es que van pidiendo guerra desde que salen de casa. Después, que no me echen la culpa.

Una tía que me provoca sexualmente acaba en mi catre, a cuatro patas y gimiendo a gritos, o, si solo quería calentarme la polla para que su chulo me ponga las pilas, acaba con dos hostias con la mano abierta y el tipo reventado.

Al poco tiempo las niñas lo entendieron. La que quería mambo, se me acercaba, melosa. La que no, no se atrevía ni a mirarme.

Las noches son mi reino. Los callejones mi propiedad. Conozco cada esquina de esa puta y preciosa

ciudad. Me especialicé en asaltos rápidos a hombres solitarios o parejas y tríos de bebedores ocasionales.

Me llevaba su sobrante, les aligeraba de viles metales que no les harían ningún bien. Salgo de repente de una esquina y, sin rodeos ni pijadas, le pido la pasta. La suelen soltar. Si no lo hacen, empiezo con algo suave. Dos o tres puñetazos con el puño americano puesto, en las costillas y el estómago.

Esto es mano de santo. Pocos siguen reacios a soltar la tela. Si siguen en sus trece, mi fiel compañera, una preciosa rusa llamada *Griazev – Shipunov Gsh-18* aparece de repente, de la nada. Esta excepcional pistola consigue que los dedos más tercos busquen voraces las carteras más escondidas.

El tiempo de los hurtos terminó. No me gustaba ser carterista. Me gusta dar la cara, ir de frente, que me vean y ver las caras, oler el miedo, sentir la angustia, jugar con la fanfarronería de unos pocos y reventar los huesos de los más duros. No hay hijoputa que se me resista, es la pura verdad.

No pocas veces no llevan nada encima. En esos casos extremos, raro es que no tengan un reloj decente o un móvil. Incluso un bolígrafo de marca me vale. El caso es no irme de vacío. Esa vida regalada, fácil y divertida que me pegué en Píter duró poco. Apenas un año y medio.

A los 19 años conocí la trena. Quise impresionar a una tía de las altas esferas. No tenía pasta suficiente como para llevarla a hoteles de lujo, a viajes caros; entonces decidí volver por mis fueros.

Recordando mi exitoso atraco a aquel banco de Arjánguelsk cuando aún era adolescente, entré en una oficina de Sberbank en Moscú, el banco público más conocido de Rusia.

Con mi Griazev en una mano y una mochila a la espalda, pretendía llenarla de billetes de cinco mil rublos y de cuanta divisa hallara en sus cajas fuertes. Conseguí un buen botín, pero a la salida me esperaba un grupo entero de *Omón*, las fuerzas especiales de la policía, que hacen de antidisturbios o de lo que se tercie en cada momento.

Disparé a diestro y siniestro y les costó reducirme, todos escondidos entre los coches. Ellos dispararon también, pero parece ser que a las balas les repele mi cuerpo, siempre pasan muy cerca, pero no acaban de entrar. Cuando se me terminaron las balas, me defendí a puñetazo limpio.

Me rompí todos los nudillos rompiendo mandíbulas, narices y dientes. Entre todos me dieron la paliza del siglo. Fractura de clavícula, nariz rota, tres dientes fuera, un ojo a la funerala, dos costillas rotas y tres con fisuras. Todos dimos y recibimos. Fue, debo decirlo, una preciosa pelea que hizo las delicias de los periodistas.

Les dio tiempo a grabar todo. Durante unos días, no se hablaba de otra cosa en la ciudad. Del atracador boxeador. Estuve en el hospital, vigilado por seis policías, un mes entero.

Total, que me metieron ocho años por atraco a mano armada y brutales ataques a la autoridad. No les gustó mucho que tumbara a siete de sus hombres hasta que consiguieron reducirme.

La condena exagerada por un robo sin violencia fue la pelea posterior, la humillación de tanto gigantón por los suelos, con sus cascos, chalecos de protección y porras.

Por todo esto, me metieron en una cárcel de máxima seguridad: “El Campo de Prisioneros 17”, en Krasnoyarsk (Siberia). Este centro es para los delincuentes novatos peligrosos y allí están algunos de los más salvajes de toda la Federación Rusa.

Yo no había matado a nadie, pero me encerraban con esa chusma como venganza. Sabían que no duraría ni un mes entre aquellas rejas. Terroristas chechenios, caníbales y asesinos en serie me aguardaban

relamiéndose la baba de gusto.

Una vez dentro, entendí lo que era la vida de verdad. Hasta entonces había vivido en una nube de calma y privilegios. En la trena rusa aprendes a vivir y reconoces el valor de cada segundo de existencia.

Tu pellejo te es grato y luchas por conservarlo el mayor tiempo posible. Al segundo día de estar allí, seis amables compañeros carcelarios se trasladaron a mi mesa en el comedor, mientras degustaba con calma los sabrosos manjares que el estado nos proporciona allí.

Se sentaron a mi alrededor y permanecieron ahí, mirándome, sin hacer nada más. Lo trascendente para aquella gente parecía ser mi jeta. Seguí comiendo. Ni siquiera los saludé, en un claro gesto de mala educación que después me reprocharían, los infames.

—Esta tarde, en el patio – empezó de repente a decir el que parecía el amo –, vas a demostrar lo duro que te crees tú que eres. Todos vimos por la tele tus movimientos de bailarina del Bolshói contra esos perros de Omón. Aquí será distinto.

>>Te pondremos al mejor luchador del talego: Volia “La Rata”. Si sobrevives, tendrás un puesto de honor en mi banda, la mejor de este putiferio; todas las demás dependen de mí. He apostado fuerte por ti, niño, así que más vale que comas bien ahora y te esfuerces.

>>Si quieres más comida, hoy te darán toda la que pidas. La vas a necesitar. Si pierdes y te rindes, serás mi esclavo y no saldrás jamás de aquí. Si le pones huevos y pierdes, quizá La Rata te mate, es lo que intentará hacer, pero si no, te respetaremos y nadie te molestará durante tu estancia en este acogedor hotelito siberiano.

>>Hemos pagado bien a los perros (guardas) para que durante esos pocos minutos estén en otro lado, sofocando un barullo que montarán otros. Aquí todo está muy bien organizado.

Esa fue la parrafada que me soltó el capo mayor de la cárcel. Bien mirado, tuve suerte. Nada más llegar, me jugaba la vida en una pelea.

Si no peleaba entonces, con las cosas claras, un solo contrincante enfrente (aunque fuera una mala bestia), me tocaría pelear con varios a la vez durante muchos años, con sucios ataques por la espalda y por la noche. No sobreviviría. No había opciones. Tuve que aceptar para seguir viviendo.

—Voy a hacerlo. Me voy a jugar la vida por ti y tu precioso dinero. Pero quiero explicaciones sobre eso del “puesto de honor”. ¿Qué ventajas implica para mí? - pregunté.

—Comida especial, como la de los guardas. Serás intocable y tendrás derecho a los paseos que quieras. Podrás recibir del exterior paquetes sin límite.

>>Y después, si veo que vales, serás uno de mis hombres en Moscú, donde mi banda está activa y con un gran peso en la economía de la ciudad – contestó Oleg –. Además, y esto sí que es una ventaja digna de que la tengas en cuenta, mis abogados llevarán tu caso para reducirte la condena.

>>El bufete lo lleva el mejor penalista de Rusia, así que date por libre antes de tus ocho añitos. Pero te repito, chico, que va a ser difícil. La Rata ha dejado inválidos ya a tres tíos. Los demás tuvieron que estar una buena temporada en la enfermería.

>>Un guarda vigila para que no se produzcan este tipo de accidentes, pero La Rata es demasiado potente y uno solo de sus golpes puede mandarte al otro barrio sin que te des cuenta.

—Háblame un poco de él – pedí.

—Mide dos metros y cinco centímetros. Pesa ciento setenta kilos. No tiene grasa. La fuerza de sus dedos y muñecas es proverbial. Si te agarra estás listo. Con los pies es totalmente inútil, no temas sus patadas.

>>Pueden doler, por supuesto, no deja de ser un gigante, pero son lentas y no sabe imprimir potencia, aunque él piensa que sí. Para su tamaño es rápido con los puños, pero no tiene cintura. Es un encajador nato. Los golpes normales, por muy duros que sean, a la mejilla, nariz o mandíbula no le afectan.

>>Tendrás que pensar otra cosa. No puedo decirte mucho más. Casi nadie acepta luchar con él cuando lo ven. La mayoría acepta aquí, en el comedor, como tú. Después, muy pocos. De esa minoría, nadie ha salido aún vencedor.

>>Ni siquiera han podido salir por su propio pie, ni uno solo. Pero he visto el vídeo de tu lucha contra los Omón. Te mueves como una serpiente, atento a todo. No he visto a nadie pelear así contra cinco tíos. Eres un espectáculo.

>>Creo, de verdad, que tienes alguna opción. En serio. Por eso me estoy jugando muchísimo dinero por ti. Hay algo especial en ti cuando peleas. Así lo creo. Ojalá acierte porque ganaré muchísima pasta. Tienes que ser rápido y evitar sus manos. Nada más.

—No hay más que hablar. Tengo hambre. Que me traigan ración doble de este mejunje naranja. Es lo único comestible. Sopa de zanahoria con lentejas, no sé qué es, pero lo demás me da arcadas, y mira que he tenido que comer porquerías en mi perra vida...

Oleg y sus muchachos rieron a mandíbula batiente y supe entonces que les caí bien. Ya estaba dentro. Solo tenía que sobrevivir a la inminente batalla que se me presentaba.

El paseo de cada tarde por el patio es a las 3 en invierno y a las 6 en verano. Estábamos en invierno y el mercurio del termómetro se anclaba terco en la señal de los 40 grados bajo cero. Me tocaba pelear con frío.

Soy de la región de Arjánguelsk. La temperatura allí es parecida. No me asustan esas heladas. Los del sur lo llevan peor, pero para nosotros, los norteños, es la temperatura ideal para hacer un poco de ejercicio.

Todos los presos conocían ya la pelea que se había programado. Ni siquiera disimulaban su ansiedad.

En cuanto salí al patio, me jalearon los más jóvenes y no pocos veteranos. “Vamos, jódelo vivo”, “Revienta a esa rata gigante” y otras lindezas por el estilo.

Unos pocos me susurraron, cuando pasé a su lado: “No se te ocurra pelear, date por muerto”. “No tienes nada que hacer, hijo, lo siento por ti”; “que Dios te acoja en su Gloria”; “demasiado joven para morir”.

Lo normal en una pelea ante la incertidumbre que suscitan dos púgiles que ni siquiera se han visto las caras. Y más teniendo en cuenta que todos, o casi todos, habrían apostado sus buenos rublos a favor de uno u otro, más bien del otro, me temía yo.

La Rata me esperaba en el centro del patio, junto a una de las canastas de baloncesto. Me pareció que superaba los dos cero cinco que me dijo Oleg, pero qué importaba. Era un gigante. Me sentí el David bíblico, pero sin honda ni piedra que lanzarle. Nada más ver su jeta entendí el apodo de Rata.

Tenía cara de roedor, pero no de ratoncito juguetero, sino de una gigante y despiadada rata devoradora de hombres. Vi en sus ojos que era un sicario de la Parca. Quería matarme, de eso no cabía duda. Sus ojos, inyectados en sangre, estaban clavados en mí y no dejaba de observar mis movimientos.

En las peleas no me gusta demostrar nada: ni valor ni miedo, ni serenidad ni nervios. Cuanta menos

información se le dé al rival, mejor para uno. Cara de nada, de póquer, como la llaman algunos. Esa cara puede ser válida para ese juegucillo de cartas. En una pelea, las caras, en cuanto empieza el baile, dejan de importar una mierda.

—Ánimo, Nikolái – dijo una voz que me pareció la de Oleg, pero no me volví para cerciorarme.

Me quedé en el centro de la cancha de baloncesto, que estaba cubierta de una capa de nieve de unos diez centímetros. La nieve, debido al frío extremo de aquellos días, estaba dura y crujiente. Decidí esperar a que La Rata viniera a por mí. Yo era el invitado y él un veterano. No querría que le hiciese encima el trabajo sucio.

Él entendió y asintió imperceptiblemente con su pequeña cabeza de roedor. La cabeza era minúscula en proporción al corpachón, y tenía los hombros más anchos que recuerdo en hombre alguno. Las manos eran palas y los dedos pequeñas barras de hierro. Se movía solo en línea recta. Tocaba bailar para seguir vivo, me dije.

La Rata se aproximó a mí, dispuesto a terminar aquello por la vía rápida. Levantaba las manos, con las palmas abiertas. Intentaba agarrarme. Lanzó un primer amago que solo quería testar mis reflejos.

Dejé que la zarpa me rozara el cuello, sin tocarme. Podía haberme apartado más, pero intenté parecer más torpe de lo que era. Hasta entonces había leído pocos libros en mi vida, pero uno de ellos me impresionó tanto que casi me lo sé de memoria.

Me lo regaló una nena, una niña bonita de Píter, la hija de un alto funcionario que necesitaba cariño y algo de sexo. Se trata de “El arte de la guerra”, del general chino Sun Tzu del siglo V antes de Cristo, un excelente libro de estrategia en la batalla que sirve para cualquier orden de la vida.

El resumen es que todo arte de la guerra se basa en el engaño. Aparentar fortaleza cuando estás débil, mostrar debilidad extrema cuando tus fuerzas son superiores para así aplastar al enemigo y miles de sencillos y útiles preceptos más. Por eso, como soy muy ágil, intenté aparentar torpeza y lentitud.

Mido un poco menos de metro ochenta. El gigante me sacaba pues casi treinta centímetros. Mantenerse en su distancia era casi un suicidio. Justo por eso lo hice. Dejé que manoteara cerca de mi cara unas cuantas veces. Se estaba confiando.

Me consideró pan comido. Lanzó tres puñetazos. Uno pasó por arriba, otro quedó unos milímetros a la derecha de mi oreja y el tercero lo bloqueé con el codo. Se hizo daño en la mano con el bloqueo.

Tímidos aplausos acogieron mi movimiento de defensa. Cuando lucho no pienso, me dejo llevar, actúo, fluyo como la corriente de un río claro. Reacciono y me muevo sin pensar.

De repente, con la palma de la mano abierta y los dedos muy pegados entre sí y hacia fuera, no hacia abajo ni hacia arriba, mis dedos índice y corazón entraron veloces cual relámpago de estío en uno de los ojos de La Rata.

La velocidad de mi golpe, unido al hecho de que La Rata había arrancado para embestirme, hicieron que lo dejara tuerto en el acto. Sus alaridos ensordecieron el patio. Callaron hasta los pastores caucásicos, los enormes y fieros perros que nos vigilaban a todos, que estaban ladrando muy excitados por la pelea.

A los pocos segundos, los presos gritaban apoyándome a mí o a La Rata; habían olido sangre y querían más. La Rata se retiró hacia atrás y, bastante asustado, se jugó el todo por el todo viniendo como un tren de mercancías desbocado en mi busca.

Me dejé caer boca arriba en la nieve cuando casi me tenía y le machaqué los testículos con una fortísima

patada de mi pie derecho. De inmediato, rodé sobre la nieve porque preví que tardaría en afectarle el golpe, pues estaba ciego de ira.

Y así fue. No cayó al suelo y se tiró a por mí, sin alcanzarme, gimiendo de dolor. Poco a poco. Yo iba bien, pero ni mucho menos podía cantar victoria aún.

Nos levantamos, nos miramos y empezamos a girar, valorándonos mutuamente. Un rápido golpe de revés con la mano abierta me alcanzó en el pecho y me echó hacia atrás, pero no llegué a caer. La fuerza de esa mole era descomunal. Parecía que me hubiera embestido un bisonte.

Estuve unos segundos sin aire en los pulmones. Intentaba agarrarme, pero el dolor del ojo destrozado lo tenía loco y no se movía bien. Entonces amagué un codazo a la garganta que no llegué a realizar porque me paré en seco a media trayectoria.

Él, al ver trazar el golpe en giro, ya casi me tenía agarrado, pero lo que hizo mi cuerpo, sin orden alguna por parte de mi mente, nos sorprendió a todos.

Girando justo hacia el lado opuesto, mi pierna derecha salió disparada como una saeta por detrás de mi espalda en una espectacular patada de jiu-jitsu que aprendí en el reformatorio.

Mi talón golpeó su sien con muchísima fuerza y lo derribó al suelo. Pude golpearlo ahí, tan arriba, porque se había agachado un poco para cubrirse y tratar de agarrarme con ambas manos.

El público en pleno – incluidos los que habían apostado por Goliath – gritó al unísono y se volvió loco ante el magistral golpe del que ni yo mismo fui consciente hasta que me describieron después, con pelos y señales, cómo fue.

Sin esperar más, pues era mi oportunidad de oro, lo fui machacando a patadas desde lejos, para evitar sus garras peligrosas. Le desfiguré la cara y le rompí varias costillas. No le permití levantarse. Cada vez que lo intentaba se llevaba una combinación de dos o tres fuertes patadas dirigidas a puntos débiles.

Los presos gritaban fuera de sí, locos de alegría por la sorpresa de que un jovencito estuviese machacando al luchador más duro de todas las prisiones rusas. Me animaban a matarlo a golpes. La violencia es contagiosa.

Yo se la estaba transmitiendo a ellos y ellos, a su vez, me la devolvían multiplicada jaleándome como salvajes. Al contrario que La Rata, yo sí soy rápido con las piernas y sí sé imprimir potencia a mis golpes con estas valiosas extremidades.

Los guardias llegaron a parar la pelea un poco tarde. La Rata yacía en el suelo medio muerto. Tuvieron que ingresarlo en cuidados intensivos, fuera de la cárcel, en un hospital de Krasnoyarsk. No volvió al Campo de Prisioneros número 17 nunca. No sé qué fue de él.

No recibí más que ese manotazo en el pecho de la bestia parda que tanto había atemorizado a otros luchadores. Aquella tarde, sobre la nieve, me convertí en el ídolo de la prisión. Incluso Oleg quedó vivamente impresionado. No esperaba una victoria así de contundente y rápida.

A partir de esa grandísima victoria, incluso los guardias me cogieron un respeto casi supersticioso. No podían entender cómo había machacado así a esa mole de músculo al que no afectaban los golpes. Me convertí en intocable y en el segundo en importancia en la prisión, tras Oleg. Comía mejor que los guardias.

Todos los presos intentaban hacerme la pelota ofreciéndome con frecuencia regalos que les enviaban sus familias. Todos querían ser amigos del mejor luchador de Rusia, como así me consideraban. Oleg

cumplió todas sus promesas. Sus abogados se ocuparon desde el principio de mi caso.

Lograron una revisión de condena a partir de la presentación al juez de informes médicos falsos de algunos miembros de Omón, que no habían sufrido, por fortuna para mí, heridas tan graves como alegaban; a partir de ahí, consiguieron que saliera de allí en año y medio.

En realidad, según las leyes, como era mi primera condena, si mantenía buen comportamiento, no debería haber estado nunca más de cinco, pero tres años y medio menos es algo impagable. La libertad no tiene precio.

Durante esos dieciocho meses aproveché bien el tiempo. Acabé casi con la biblioteca entera. Oleg me inculcó la afición a la lectura. Es un hombre muy culto e inteligente.

Me dijo que un tío como yo no podía dejar la mente sin cultivar. Los paletos, fuera de la política, donde triunfan siempre porque son marionetas dirigidas, son carne de cañón entre el hampa. Se convierten en esclavos de otros.

En la prisión me tatué el cuerpo. Estaba prohibido tatuarse, pero conmigo hicieron una excepción; fue cosa de Oleg, que consiguió el permiso. Dos grandes cúpulas de iglesia en forma de cebolla informaban de mis casi dos años de prisión.

Me las hice en la espalda. También me hice un bonito tatuaje en el pecho, justo donde recibí el revés de la mano del gigante. Me tatuaron a mí mismo, una pequeña figura, frente a un gigante que me triplicaba en tamaño.

El tatuador, que había visto la patada que decidió la pelea, la reflejó fielmente sobre mi piel. El tatuaje gustó mucho a los presos y los nuevos me pedían, tímidos, en cuanto cogían algo de confianza, enseñárselo.

Entrené en el gimnasio e hice muchísimo deporte. Allí había gente muy buena, luchadores mucho mejores que yo, sobre todo rusos del Cáucaso, georgianos, chechenios, daguestanos, osetios y otros.

Me enseñaron sus técnicas y secretos. Aprendí a manejar los cuchillos casi como ellos. Para mis entrenamientos, tenía el privilegio de utilizar un viejo y romo cuchillo de cocina que luego tenía que devolver.

Nadie se atrevía a decir que era más rápido o más fuerte que yo, pese a que en verdad lo eran muchos. Tendrían que probarlo y, tras ver a La Rata machacada en el suelo, las palabras se les quedaban en el fondo de la garganta.

Yo soy un luchador callejero, un superviviente. En una competición de artes marciales me puede vencer mucha gente. Pero en una lucha a muerte, soy otra cosa. Y esa línea poca gente es capaz de cruzarla. La Rata sí tenía corazón para ello. No se rindió en ningún momento mientras lo pateaba salvajemente.

Trataba de cogerme las piernas, pero ya no veía porque mi tercera patada le reventó el ojo sano. Lo respeté siempre. Y no permití que nadie hablase mal de él. Luchó con valentía y honor, sin rendirse nunca, hasta el final.

Mi protector, Oleg, salió dos meses antes que yo. Me tomó mucho cariño y me quería como a un hijo. En la prisión me relató todos sus crímenes y me explicó sus proyectos de futuro, donde yo iba a tener un papel destacado, me dijo.

Quedé al mando de su banda. El segundo, Maxim, esperaba tener ese honor porque le quedaban aún cuatro años más de condena. Oleg habló con él y le dijo que solo tenía que esperar dos meses. Lo

convenció a duras penas.

Me anduve con ojo con Maxim. Estaba celoso de mi éxito y, aunque lo disimulaba bien, no me tragaba. Al final, la prudencia se impuso en él. Si me hubiera tocado, Oleg habría mandado matarlo en la prisión ese mismo día.

Oleg me dijo que en esos dos meses podía ganar mucho dinero dentro, dando protección a presos miedosos que temían venganzas y ajustes de cuentas. Así lo hice. También me dijo que me esperaba en Moscú ese mismo agosto, en cuanto saliera de allí.

Mi último día en prisión fue glorioso. Hicieron una fiesta en mi honor. Hubo tartas y manjares nunca vistos entre aquellos muros grises y fríos. Me despedí de todos deseándoles una pronta libertad.

Hice muchos amigos que me dieron las señas de su casa por si alguna vez necesitaba ayuda, incluso entre los guardas, a los que no me gusta llamar perros, pues solo hacen su trabajo, aunque yo jamás pudiera dedicarme a esa penosa labor.

* * * *

Llegué a Moscú un caluroso 15 de agosto, por la mañana. Viajé en avión desde Krasnoyarsk. Conseguí bastante dinero a base de proteger a unos cuantos presos que estaban amenazados de muerte.

Ahora, sin mí allí, es posible que los hayan pasado por la piedra. Los presos no perdonan; saben y pueden esperar, pero no perdonan según qué asuntos.

Al día siguiente me reuní con Oleg en un bar de su propiedad que era un importante punto de reunión de la mafia moscovita del oeste, la de Sóltsevo. En los años 90 eran los más temidos de Moscú.

En los tiempos actuales, no tienen tanto poder, pero siguen siendo peligrosos y hay que andarse con ojo porque no dan segundas oportunidades a nadie.

El garito, un gran bar restaurante con varias mesas de billar, tiene las paredes desconchadas y es de estilo soviético, con algunos carteles propagandísticos de Lenin y Stalin en las paredes. Las mesas de billar están casi destrozadas, pero se juega partida tras partida, con grandes apuestas y coro de mirones.

Muchas bellezas acuden al lugar en busca de un mafioso que se enamore de ellas y les pague sus habituales caprichos de mujeres vagas que buscan la vida fácil. Suelen acabar todas apalizadas y metidas en la droga o alcohólicas.

Unas pocas acaban triunfando y consiguen casas o coches de lujo, pero son las menos. Lo mismo que se lo dan, se lo quitan. Lo malo es que tardan en entenderlo y, cuando al fin lo hacen, es demasiado tarde para echar marcha atrás.

El local se llama *Nózhikov* (literalmente traducido: “De los cuchillos”).

Oleg me había nombrado encargado del local y lo acompañaría en todas las reuniones importantes que tuvieran lugar allí. Tenía derecho a un 5% de la caja diaria.

Era un buen porcentaje puesto que el *Nózhikov* se llenaba cada noche y se bebía sin medida. Fuera de allí, podría seguir con mis delitos de costumbre: atracar, hurtar cajeros, coches o lo que me diese la gana.

También quería Oleg que aprendiera la técnica de la “puerta fría del techador”. Lo llamo puerta fría porque es así como los vendedores que van por las casas, sin cita previa, a intentar vender sus productos, denominan a ese negocio, harto complicado e inseguro. Pero nosotros, los techadores, vamos sobre seguro.

Somos el techo de empresas medianas o pequeñas, como restaurantes, bares o tiendas de todo tipo. Al dueño se le ofrece tener un techo de protección, que somos nosotros.

Por un módico precio, que puede variar con el tiempo, siempre al alza, por supuesto, se le da protección continua y ninguna otra banda se atreve a tocarlo. Si no accede, él o su local sufrirán las consecuencias.

No se puede trabajar sin techo, desde luego. Podría llover o nevar, no sé si me explico con claridad. Por lo tanto, siempre vendemos.

Y así transcurría mi apacible vida en aquella merecida libertad, ganada a golpes y a patadas bestiales, cuando una tarde entró una mujer en el Nózhikov.

Yo estaba jugando al billar con clientes habituales, vagos sin remedio que vivían de sus padres o de dar sablazos a sus conocidos y amigos para beber hasta caer desmayados al suelo.

Estaba enseñándoles algunos trucos que pagarían después gastándose todo lo que llevaban en copas en la barra, y tenía un cigarrillo entre los labios. El humo me irritaba el ojo derecho y estaba tratando de hacer una carambola a dos bandas y meter la bola roja en la tronera de la esquina derecha.

El toc-toc-toc de sus tacones me hizo perder la concentración. Se me cayó el puto trujas al suelo y en vez de dar con el taco a la bola blanca, hice un desgarrón en la tela verde de la mesa. Joder, esa nena iba a pagar cara esa distracción.

No llegó a reírse nadie de mi pifia porque estaban todos más atentos a las curvas de aquella jamelga divina.

Una hembra morena, con el pelo tan negro que desprendía destellos azulados, había entrado sola a mi antro de machos sucios y putones verbeneros. De camino a la barra, donde esa noche servía copas Andriusha (hipocorístico de Andréi), me miró de arriba abajo, la cabrona.

Me quedé allí, de pie, con el taco en la mano, observándola. Ella sí había visto la caída del cigarro y el desgarrón en la mesa. Estaba muy segura de sí misma. Conocía a la perfección las reacciones de los machos cuando ella entraba a cualquier lugar.

Iba con un vestido blanco de tirantes que le tapaba y ajustaba el culo y la mitad de los potentes y larguísimos muslos. Sin duda, tiene unas piernas poderosas. Morena de piel, me dije que sería española o griega. También podría ser una gitana rumana; no pocas veces salen hembras como esa, espectaculares y embriagadoras.

Cada paso era un movimiento seco de cadera en el cual mostraba la forma del glúteo y su inserción con la cadera. Maravilloso. De las tetas, qué decir... Eso no eran senos de mujer, sino dos peligrosísimas fábricas de deseo. Llevaba más de año y medio de sequía, sin contar unos pocos polvos con Sveta.

En la prisión, este fue el único tema que no pude sobrellevar bien. Algún arrastrado pelota se ofreció a mamármela gratis, solo por protección, pero me negué siempre. Si yo fuera maricón, no habría salido de aquella cárcel; aquello habría sido el paraíso.

Pero como no lo soy, no me gusta cambiar de menú según las circunstancias. Pero ya estaba libre y no iba a dejar pasar la oportunidad de resarcirme de tanto ayuno con aquel ejemplar fascinante. En Rusia

tenemos unas mujeres que suelen ser la envidia de casi todos los hombres del globo.

No podemos quejarnos de nuestras niñas, pero aquella era justo lo contrario a una belleza rusa. Con la piel tan morena, el pelo negro, los ojos azabache, las caderas anchas, las piernas musculosas y la boca muy gruesa, y vestida así estaba pidiendo cama con megáfono.

Fue directa a la barra. Pidió una cerveza. Andriusha me miró, esperando instrucciones. Con un gesto leve, le dije que le sirviera de manera normal, sin preguntas. Las interpelaciones las iba a hacer yo. Pero sería más tarde. Ella me estaba esperando allí encaramada a nuestros altos taburetes de barra.

Me fui a otra mesa y llamé al mejor jugador que había en el antro aquella noche. No era otro que Yuri, un ruso medio tártaro que era capaz de no dejar tirar al rival y meter bola tras bola hasta ganar la partida.

Decidí ganarle esa noche; en general no solía jugar contra él porque era mejor que yo, pero cuando me vengo arriba venzo a quien quiero. La hembra me había encendido.

Yuri estaba pasándolo bien en una mesa con dos amigos y tres amiguitas cachondas, pero una seña fue suficiente para que abandonara su mesa y colocara las bolas en posición.

Abrí yo imprimiendo al taco tal potencia que el triángulo de bolas se deshizo del todo estallando como un trueno a diez metros y dos bolas rayadas acabaron en las troneras. La morena se volvió a mirar, ante el fortísimo chasquido que no era otra cosa sino una metáfora de lo que la esperaba si decidía venirse conmigo.

Le enseñaba bien el taco, para que no le quedasen dudas. A Yuri le hice aquella noche lo que tantos billaristas querrían haber hecho con él. No le dejé tirar. Metí, con delectación y a cámara lenta, una por una, todas las bolas rayadas.

La negra, con su número 8, la colé tras una fantástica carambola a tres bandas que levantó los aplausos, en el fondo peloteadores, de todo el local. Yuri, tras darme la mano de manera deportiva y felicitar-me, volvió a su mesa. Entendió, es un chico listo, que era una partida de demostración. No habría revancha.

La morenaza había estado contemplando la partida entera. Cuando acabé, metiendo la negra en una esquina tras la afortunada carambola a tres, me miró a los ojos. ¿A qué coño esperaba ya? Dejé el taco sobre la mesa y me dirigí a la barra, justo al taburete que estaba a su lado.

—Andréi, saca champán, el mejor que haya. Y dos copas, por favor – dije en ruso, sin saber si ella me estaba entendiendo.

Andriusha volvió con la botella y las copas, las llenó, cogí una de ellas y se la di a la mujer.

—¿Qué se celebra? - dijo en un buen ruso con un acento que no supe identificar. Hasta entonces, no había conocido extranjeros hablando ruso, así que no sabía de dónde procedían esas claras y largas vocales, incluso las átonas, y esas suaves consonantes que hicieron las delicias de mis oídos.

—Celebro mi libertad, señorita – dije con una sonrisa, guiñándole un ojo.

—Hmm, buena idea. Nunca he brindado por la libertad, pero estoy de acuerdo en que es muy importante. ¿Usted no era libre? - preguntó con mucha educación y finura.

—He estado una temporada encerrado muy lejos de aquí, pero aquello ya pasó. Ahora, brindemos. Por usted, por su belleza – dije sin poder contenerme.

—Muchas gracias. Brindemos mejor por la libertad y por nosotros – estableció.

—Perfecto. Por la libertad y por nosotros, entonces.

De cerca era todavía mejor. Los ojos son enormes, un poco rasgados, como las árabes, y negros como la noche. En ese momento comprendí el sentido de nuestra famosa canción *Ochi chórnye* (Ojos negros).

Es una canción popular muy antigua que nos hace temblar a todos de pasión, a viejos y a jóvenes, a hombres y a mujeres. Entendí que era el momento de escucharla. Le dije a Andréi que pusiera, a todo volumen, la canción *Ochi chórnye*.

—Esta canción es para usted, señorita. Se titula Ojos negros, no sé si la conoce.

—Sí, la he oído alguna vez en conciertos del Conservatorio de Moscú. Es preciosa – dijo sonriéndome, sabiendo por dónde iban los tiros.

—En su honor. Usted tiene justo esos ojos negros, esos ojos apasionados, como dice la letra...

En ese momento empezó a sonar la famosa pieza. De manera natural, sin que yo tuviera que hacer nada, los clientes callaron y escucharon la canción en un sepulcral silencio al principio y tarareando la letra primero las mujeres, y después, contagiados, los hombres. Acabamos todos entonando el famoso estribillo:

Ochi chórnye, ochi strástnye!
Ochi zhgúchie i prekrásniye!
Kak lublú ya vas, kak boyús ya vas!

* * * *

¡Ojos negros, ojos de pasión!
Ojos ardientes y maravillosos
¡Cómo la amo a usted!, ¡cómo la temo!

* * * *

La canción terminó y vi sus ojos negros encendidos de pasión. No esperaba este pequeño truquito con la canción y con el ambiente que conseguí a través de ella.

—Es preciosa esta canción rusa. El hombre la ama y la teme – dijo ella.

—Sí, ante unos ojos negros hay que tener precaución. En Rusia son peligrosos, hay muy pocos – contesté.

—¿Y usted? No parece tener miedo de nada – dijo ella, retándome más con la mirada que con aquellas palabras.

—Es posible que tema a algo, pero aún no he descubierto a qué. Desde luego, a sus ojos negros, los de

usted, no les tengo miedo. No es miedo lo que provocan.

—¿Qué provocan, joven? - quiso averiguar.

—Provocan una pasión instantánea y ardiente, imposible de resistir. Son demasiado provocadores, en realidad, si le soy sincero – respondí.

—Cuánto interés por mis ojos...

—Sus ojos son bellos y espectaculares, sí, pero me he fijado bien en el resto de su cara. Su nariz parece esculpida en el Olimpo y su boca son dos fresas que, mojadas con el champán francés, piden más labio, labio de macho.

Con esta última frase, bruta y directa, la desconcerté. Desvió la mirada. Primer asalto ganado a los puntos, me dije. Hasta entonces, ella mantenía el control de la situación, pero le puse en el compromiso de seguir el juego o marcharse en ese instante.

—Usted parece muy impulsivo – dijo abriendo aún más sus ya de por sí inmensos ojos.

—No lo crea. Solo lo parezco, como ha dicho. Por cierto, me llamo Nikolái Smirnov. Llevamos unos minutos hablando y aún no me he presentado. Soy un maleducado.

—Yo soy Stella Abruzzesi, encantada de conocerlo.

—Eso suena a Italia – dije no muy convencido.

—Sí, soy italiana, en efecto.

—Vaya, y ¿qué hace una mujer italiana tan elegante y bonita en un antro de perdición como este?

—Estoy en un hotel cerca de aquí, en Vnúkovo, cerca del aeropuerto. He venido con mi padre, que es un diputado italiano. Él tenía muchas visitas hoy. Hemos estado viendo Moscú por el día y ahora tiene cena de negocios.

>>Yo he ido al hotel, pero no tengo sueño, me aburría y le he dicho al chófer que me llevara a algún bar cercano. He visto este, desde la ventanilla, y le he dicho que parase. Me ha dicho que no tenía buena pinta, que no era recomendable, pero algo me ha impulsado a entrar. A mí, joven, tampoco me da miedo nada, como ve.

—Stella, tuteémonos.

—De acuerdo, Nikolái. Pasemos al tú.

—¿Has cenado? - pregunté.

—En realidad, hemos comido tarde y no sentía hambre, aunque ahora empiezo a tener un poco.

—Entonces, vamos a cenar a un buen restaurante. Te invito, si me lo permites – propuse de inmediato.

—Muchas gracias. Me parece bien – dijo intentando fundir sus pupilas con las mías.

Di unas indicaciones a Andréi, que además de camarero, era mi segundo y el jefe cuando yo me ausentaba.

Katia, una rubia de cuerpo espectacular, amiga de Sveta (Svetlana) no se perdió detalle de mi ligoteo con la italiana. Por entonces, era principios de septiembre, yo llevaba dos semanas follándome a Sveta día sí día también. Era una ucraniana preciosa, pelirroja, con pecas en la nariz, ojos verdes y culo escultural.

Me gustaba mucho Sveta, era buena chica, pero esa noche no estaba y yo no tenía ningún compromiso con nadie. Mi libertad abarcaba todos los ámbitos. No estaba yo a esas alturas para perder el tiempo ni esperar a nadie.

Miré a Katia y le sonreí. Me importaba una mierda que Sveta lo supiera. Además, saber ¿qué? Ella solo nos había visto hablar y salir. El resto era imaginación, fantasía o celos de niña, que no soporto. No era mi problema.

Stella despidió al chófer y le dijo que ella iría al hotel en taxi, más tarde.

La llevé al restaurante Pinocchio, un famoso local del centro, en el distrito de Kiévskaya. Se me ocurrió que, como era italiana, le gustaría el nombre del local. Pero hubo un problema.

No había reservado mesa y el restaurante estaba lleno, a rebosar, con gente esperando en la calle. Intenté convencer a la encargada, con razones de varios ceros, de que necesitaba una mesa ya, pero Stella intervino.

—Nikolái, vayamos a un sitio tranquilo. Sabes, el sitio es bonito, pero estoy acostumbrada a comer y cenar siempre en restaurantes de lujo. Me gustaría ir a un sitio diferente, más normal.

—Perfecto. A mí también me apetece. Mira, te voy a ensañar un pequeño bar soviético que seguro que no conoces. Está en el distrito de Kúrskaya, junto a los cines *35 Milímetros*.

>>Allí solo hay comida básica de la época soviética, sopas como *borsh*, *solianka*, *shi*, *plov* (paella de Uzbekistán hecha con arroz, pollo o cordero y numerosas especias que le dan un color anaranjado o rojo), *cheburej* georgiano y otros platos nuestros tradicionales. Es como una tasca donde van trabajadores y jóvenes con poco dinero. Me gusta mucho.

—Sí, ¡qué bueno! Vamos allá, rápido – dijo Stella muy animada.

Tres días antes había estrenado mi flamante Alfa Romeo 4C Spider. Lo compré porque aún no tenía lo suficiente para un Porsche o un Ferrari como era mi sueño. Pero las líneas del Alfa me tenían enamorado.

Descapotable, pequeño y manejable, rojo metalizado, levantaba las miradas de las hembras que iban en Mercedes, Lamborghinis y otros cochazos de superlujo. Stella me dijo que eran sus coches favoritos, los Alfa Romeo. Ella tenía, en su Florencia natal, un Alfa Romeo Giulia Veloce.

Con música rusa popular, catada por el famoso Iván Rebroff, alemán de ascendencia rusa con vozarrón de contratenor y de bajo, a escasa velocidad, cruzamos el centro hacia el este.

El no demasiado largo vestido blanco de Stella se subía al estar sentada y me mostraba, generosa, una gran parte de sus apetecibles, morenas y musculadas piernas.

Todo en ella era espectacular y grande. Las piernas larguísimas, los ojos grandes, las pestañas interminables, la boca gruesa, el cuello largo, las tetas enormes y naturales, el culo duro y amplio debido a sus caderas de mujer de rompe y rasga.

Solo tenía pequeños los pies y la cintura. Las manos eran también grandes y los dedos bellísimos y muy largos.

Durante el camino se retocó un poco el maquillaje, aunque no llevaba demasiado. Se perfiló los labios mirándose al espejito del parasol, que se iluminaba en cuanto se abría. Su melena negra de latina volaba al viento y a ella le gustaba esa sensación de libertad que da ir sin capota.

Le impresionó la decoración del bar *Época Soviética*, con retratos gigantes de Lenin con el dedo extendido y numerosos carteles propagandísticos de los años cuarenta y cincuenta.

Hoces, martillos y leyendas de ser un buen comunista, de no aceptar sobornos de los sucios especuladores y otros consejos que no eran más que eso, pura fachada que no creía nadie, dejaron a Stella mucho más impresionada que si hubiera cenado en el *Pushkin*, el mejor restaurante de la capital.

A mí me impresionó su saque. Esa chica no tiene fondo en el estómago. Comió un gran plato de plov, una ensalada, sopa *Solianka* y después se metió entre pecho y espalda dos *blini* (tortitas, creppes) con mermelada de frambuesa.

Todo ello regado con dos vasos de cerveza de medio litro. Me encantaba Stella, comía y bebía como un hombre ruso. No me quedé atrás, pero no pude comer más que ella, solo lo mismo. Tampoco quise beber en demasía, puesto que pensaba cabalgar aquel cuerpo, blanco obsesivo de mi irrenunciable deseo inextinguible.

Apenas hablamos durante la cena ya que no paraba de masticar.

Dimos un corto paseo por los alrededores. Hacía una noche buenísima, poco frecuente en septiembre, que en Moscú ya es otoño desde el día 1 de ese mes.

Me dijo que se iba al día siguiente por la tarde, en un vuelo directo que salía del aeropuerto de Vnúkovo a las nueve. Tenía muy poco tiempo entonces. Bueno, probablemente no la vería más. Con más razón para ir a por todas con ella.

Volvimos al coche, en silencio, respirando la dulzura de aquella noche sin viento y sin una nube en el cielo. Ese color azul oscuro de las noches de países soleados se disfrutaban pocas veces en Moscú. Aquella era una de ellas.

Stella andaba junto a mí, cerca pero sin ademanes de querer agarrarme ni de que yo la cogiera a ella del brazo.

La llevé a su hotel mientras sonaba por los altavoces Boss del Alfa la canción *Katiusha*, interpretada de forma magistral por Rebroff. Stella me sonreía de vez en vez y yo conducía despacio para admirar como se debía aquellas interminables piernas itálicas.

—Mis piernas, aunque no son negras, como mis *ochi chórnye*, también te atraen – dijo de repente.

—Claro, es que las luces bien y, sentada como ahora, aún se ven mejor. ¿Cómo se dice piernas en italiano?

—Gambe – contestó ella divertida.

—Gambe... – repetí intentando alargar esa “a” como ella.

—¡Bravo, bimbo! - exclamó.

—Lo de bravo lo entiendo, es obvio. No sé qué es *bimbó* – dije mirando ahora su boca y bajando hasta su escote que me tenía medio loco.

—No, bimbó no, bimbo, con acento en la “i”. Es más o menos vuestro *málchik* (niño, chico). Pero tiene matices – aclaró.

—Es una lástima que no tengamos tiempo para que me enseñes más palabras. Mañana vuelves a Italia – dije mientras aparcaba a la entrada de su hotel.

—Sí, pero eso es mañana. Aún me quedan algunas horas en Moscú – contestó pícaro.

—Un momento, no abras. Yo lo haré – dije saliendo del coche para abrirle la puerta.

—Qué bimbo tan galante – musitó la italiana cuando, al salir, se acercó a mi cuerpo.

—¿Nos vemos mañana? - pregunté -. Podríamos comer en un sitio parecido al soviético de hoy. Comedores populares así todavía quedan muchos desperdigados por toda la ciudad, aunque no conozco todos.

—No eres de Moscú, entonces.

—No, soy un chico del norte, de nuestro precioso y puro norte ruso. De la región de Arjánguelsk, no creo que sepas dónde está.

—Si me dieras un mapa ahora, te señalaría con el dedo dónde está exactamente tu región. No soy tan ignorante – susurró, tratando de parecer ofendida por mi última frase.

—Interesante. No lo dudo, Stella. Te acompaño un poco, hasta el ascensor al menos.

—Gracias. Mi habitación está en el segundo piso. Subiré andando para que mis piernas sigan estando en forma y que un bimbo bello como tú me las mire.

—Subiré detrás para verlas desde todos los ángulos, entonces. Te acompaño hasta la puerta de la habitación.

—Como quieras. Las tienes ya muy vistas, pero si te hace ilusión...

Stella subió aquellos escalones moviendo bien las caderas, provocándome todo lo que pudo. Sentí que no íbamos a llegar a la habitación. Era un hombre, estaba vivo y esos pocos polvos rápidos con Sveta solo habían servido para despertar aún más mis instintos sexuales, siempre insaciables.

Adelanté a la italiana en los últimos escalones y me puse delante de ella.

—¿Qué ocurre, bimbo?

—No ocurre nada, *bímbaya* – dije rusificando el femenino de bimbo, que en realidad es solo bimba. El vocablo inventado por mí le hizo mucha gracia y rió con ganas, abriendo mucho la boca, dejando a la vista una dentadura perfecta, de piezas grandes y muy blancas.

Le cogí de la cintura con ambas manos y la besé sin más preámbulos ni infantiles juegos. Había que ponerse serio de una puta vez. Ella aceptó el beso, me lo devolvió con pasión, pero enseguida se apartó hacia atrás y me dijo:

—Podría venir mi padre y vernos así.

—¿Estáis en la misma habitación?

—No, en habitaciones separadas, pero la suya es justo esa que ves ahí. No creo que venga aún, pero me daría vergüenza que me descubriese así contigo, en la escalera.

—Terminemos esto en tu habitación, entonces, como un hombre y una mujer – sentenció.

—Creí que no lo dirías nunca – contestó.

Mientras sacaba la tarjeta blanca para introducirla en la cerradura magnética, le agarré de las caderas y me pegué a ella, besándole el cuello. Ella no pudo abrir. Se excitaba con mucha facilidad. Con

movimientos de cintura, se frotó el culo contra mi paquete, poniéndome a mil por hora.

Su padre, en verdad, podría sorprendernos así porque no hizo amago de volver a intentar abrir la puerta de la habitación. Al final, tuve que quitarle la tarjeta de las manos y abrir yo la puerta.

Entramos a la habitación enlazados, besándonos y tocándonos todo el cuerpo. La italiana ya me había desabrochado la cremallera y el botón de mi pantalón de lino de verano.

Se afanaba con los botones de la camisa y yo, por mi parte, ya le había subido el vestido y estaba bajándole el diminuto tanga blanco. La niña, hay que reconocerlo, iba a por todas. Me esperaba una gran noche, pensé en ese momento.

Y allí, contra la puerta de la habitación, con una pierna levantada, la penetré sin demasiadas caricias previas. Ella me incitó. No necesitaba preliminares aquella latina. Y cómo se movía. Qué barbaridad. Me hizo emplearme a fondo.

Por mucha potencia que imprimiera a mis movimientos pélvicos, ella quería más, más fuerte y más rápido. Y le di más. Estuve dándole más toda la noche. Después del polvo de la puerta, algo brusco, que nos sirvió solo para calmar las ansias, pasamos al baño. Nos duchamos juntos y lo hicimos dos veces más.

Primero de pie, con la ducha arriba recibiendo chorros de agua sobre nuestros cuerpos previamente enjabonados. Después, mientras nos secábamos, empezamos otra vez allí mismo. No se extinguía en mí el deseo, cada vez estaba más loco.

Como he dicho, soy un follador nato que necesita sexo como los pulmones oxígeno para vivir, pero con Stella gozaba mucho más que con cualquier otra mujer. Me llevaba al límite.

Se movía tan bien, tenía el chochito tan estrecho y perfecto para mí, las tetas tan grandes para ser magreadas por mis anchas y fuertes manos, la piel tan morena, suave y olorosa... Olía diferente.

Supongo que el color de las pieles, la melanina, afecta al perfume. No lo sé, pero su olor, su simple olor, me excitaba y me la levantaba una y otra vez. Conseguimos llegar a la cama una hora después.

Esta vez se puso ella encima. Así, con las grandes tetas bailando cerca de mí, saltando sobre mi vientre, me terminé corriendo en un gran orgasmo, a la vez que ella, que gritó como una condenada.

Gemía mucho, hablaba y pronunciaba frases en italiano que no entendía y me imaginaba su significado, excitándome aún más.

Me fumé un cigarro después, tumbado. Stella no fuma, pero no le molestaba mi humo. En cuanto terminé el cigarrillo, me pidió que la atase a la cama y le hiciera diabluras. Tuve que atarla con unos pañuelos suyos que me dejó.

Tenerla así, tumbada boca arriba, a ese cuerpazo tan grande, tan bien hecho, con las tetas moviéndose, elevando el pubis para que empezara, me puso tan loco que me tiré a por ella de un salto y le mordí todo el cuerpo. La torturé sin penetrarla todo lo que pude.

Ella pedía polla rusa, pero no la tuvo. Me rogó, me suplicó, tanto en ruso como en italiano. Me insultó, me llamó de todo. Conoce algunas buenas palabrotas en ruso que me hicieron mucha gracia.

—Cabrón eslavo, perro rubio, polla floja, vamos, ¿no puedes? Fóllame o te mataré cuando me sueltes, vamos, dame caña yaaa.

Al final se la metí y chilló como un cochino. Esa mujer no tenía bastante nunca. Era la primera vez que me pasaba. Pensé que quizá padeciese ninfomanía. Pero a mí también me apetece a todas horas y a los hombres no se nos llama ninfómanos. Fuera lo que fuese, yo a lo mío.

Tras tantas veces seguidas, me veía capaz de embestir durante tres buenos cuartos de hora. Llegué a la hora, sin bajar el ritmo en ningún momento.

Se corrió varias veces, no sé cuántas. Ya ni las contaba. Me deseaba, me amaba, me dijo que quería vivir conmigo para siempre, que me necesitaba, que era su hombre.

—*Ho trovato, finalmente ho trovato un uomo vero!!!*

No entendí la frase pero me sonó a que no tenía quejas de mí. No pensaba dejar aquello así. La vi muy calentona y encendida, así que la desaté y puse a la italianita a cuatro bonitas patas. Seguí dándole, dándole sin parar.

Tras ese último trabajo, al fin se cansó un poco. Tras un larguísimo gemido con la cara sobre la almohada, tumbada boca abajo, se relajó. Fui al baño y al regresar comprobé que se había quedado dormida.

Pobre chavala, necesitaba tralla de la buena. Estos italianos, con la fama que tienen de folladores natos e incansables... Qué raro. Bueno, quizá la chica estuviera en un periodo de abstinencia obligada, como había estado yo tantos meses.

Me acosté a su lado y me abrazó, medio dormida. Toqué su cuerpo dormido, relajado, y me gustó mucho. Entonces, empecé a follármela así, dormida, poco a poco. Ella encantada, incluso dormida sabía hacerlo. No se llegó a despertar del todo, pero gemía, muy bajito, en duermevela.

—Aaahhh, síii, mi amor, sí. Así, muy bieeen.

Incrementé el ritmo y entonces la fiera despertó. Lo hicimos así, tumbados, de lado, una de mis posturas favoritas porque puedes emplearte a fondo sin cansar otras partes del cuerpo. Más de media hora estuvimos así.

Ya me dolía, así que, concentrándome, terminé. Cuando me interesa, puedo terminar en el momento que quiera. Ni siquiera me quedaba semen que echar. Estaba seco del todo. Me gusta correrme así, cuando no queda nada. Es todo placer, sin eyaculación.

Stella me miró y me dijo, al oído, en ruso:

—Jamás había encontrado un hombre que me agotara así. No puedo más, me duele todo, estoy reventada pero satisfecha y saciada del todo, como nunca lo había estado.

Lo dijo con términos más básicos pero ese fue el sentido de sus palabras.

—Stella, me has pillado bajo de forma, querida. En cuanto la recupere, vas a enterarte de lo que es un macho saciador en condiciones. Ahora estoy a poco más de medio gas. He estado un tiempo fuera y retirado, en ejercicios espirituales severos.

—Mañana me voy, pero ahora no quiero volver a Italia. Me gustaría quedarme aquí contigo, en Moscú, para siempre. Mañana tenemos una comida importante con unos empresarios rusos. Tengo que acompañar a mi padre.

>>Si pudiera no ir... Ya está – gritó dando una palmada –, puedo decirle, por la mañana, que me siento

mal. Que cené en un bareto cutre y que la comida me ha sentado fatal. Él siempre me cree todo, soy su princesa. Me adora y me permite todos los caprichos. No será difícil.

>>Hacia las doce saldrá del hotel. Le diré que pague un día más por mi habitación. Ni siquiera tienes que irte muy lejos. Él entrará en mi habitación, para despedirse. Esperas por abajo y cuando salga te llamo y nos damos otro maratón como el de esta noche. ¿Qué te parece, eslavo?

—Me parece de putísima madre, latinaza mía. Ahora vamos a dormir un poco. Son las cinco de la mañana. Mira, va a amanecer.

Stella me abrazó y nos quedamos mirando por la ventana cómo salía el sol. Stella se durmió enseguida. Yo tardé un poco más. Contemplé su cuerpo dormido, desnuda sobre las sábanas de la gran cama.

A las nueve de la mañana unos nudillos golpearon la puerta de su habitación. Me desperté al instante, pero Stella no lo oyó. La desperté suavemente, sin hablar. Le dije al oído que llamaban a la puerta. Sería su padre, quizá. Yo me encerré en el baño, por si acaso entraba.

Se puso una bata del baño y fue a abrir y habló unos segundos con su padre en italiano. Después cerró la puerta y abrió la puerta del baño.

—Mi padre acaba de volver. La cena ha acabado en farra de las gordas. Está borracho y le he dicho que se vaya a dormir. Le he recordado que tiene comida importante. Ahora no sabe qué hacer.

>>Le he dicho que me espere en su habitación, que ahora hablo con él. Espérame aquí unos minutos. Voy a ver cómo resuelvo todo para que podamos estar juntos. Ni siquiera creo que pueda abrir la puerta de su habitación.

Stella salió y regresó a los diez minutos.

—Le he contado que no me siento bien y que yo no iré a la comida, pero que puedo avisarle para que vaya él, que estaré atenta a la hora. A la 1 debe salir con el coche para llegar antes de las 2. Está de acuerdo. No podía quitarse la corbata, imagínate – dijo ella riendo.

—Bueno, entonces estaremos solos casi todo el día. Ahora duerme un poco, estarás cansada.

—Antes de dormir, podemos bajar a desayunar. Ya que nos ha despertado. Estoy más hambrienta que cansada, no sé tú – dijo Stella.

—También me apetece, sí. Pero yo no tengo derecho a comer nada, supongo.

—Lo incluiré en la cuenta. Paga mi padre, no te preocupes.

Nos duchamos por separado para conseguir llegar a tiempo al desayuno. Los bollos y dulces de ese hotel eran excelentes, así como las frutas. Recuperamos fuerzas y volvimos a la habitación otra vez por la escalera. Stella bajó a desayunar en vaqueros y blusa. Los vaqueros ajustados parecían fabricados para su cuerpo.

Su magnífico culo, apretado bajo la tela de loneta, me provocó un fuerte deseo que me costó contener. La perseguí por las escaleras.

Jugamos un poco, excitándonos mutuamente y entramos con rapidez a la habitación, cerrándola por dentro y colocando ese ridículo cartelito para que el servicio de limpieza no entre a destiempo.

La lancé a la cama y le quité los vaqueros. No se había puesto ropa interior. Acaricié sus piernas hermosas y largas. Su piel era de una suavidad sorprendente. Era como si acabase de ponerse un bote

entero de crema. Estábamos limpios por la ducha, sin olor a sexo.

Me gusta mucho el olor de los fluidos de Stella. Solo por la persecución por las escaleras estaba muy mojada ya. Puse mis labios sobre su clítoris y me perdí entre sus pliegues y roseces húmedas. Ella, feliz y satisfecha, me agarraba la cabeza y me la apretaba si notaba que vacilaba en mis chupeteos y lametones.

Se corrió dos veces entre mi boca. Después quiso ella probar el sabor de mi torpedo ruso. Noté que, al igual que la noche pasada, miraba con detenimiento mis tatuajes carcelarios, la historia criminal de mi vida, que de momento era bastante corta debido a mi edad; pero allí estaba todo.

Mis robos, mis peleas, el tiempo encerrado en el reformatorio, mi posterior libertad y mi posterior detención. Muchos símbolos no podían entenderse. Tampoco quise explicárselos porque quedan entre nosotros, los hermanos delincuentes.

Me apetecía más follarse que recibir una mamada, aunque fuera de esos prometedores y gorditos labios. Intenté tumbarla y penetrarla pero luchó y decía que esperase. Quería chupármela, no había manera.

—*Macché* – dijo con tono de niña caprichosa que empieza a enfadarse.

—Voy a follarte ahora como a una reina. Podrás hacer eso que quieres luego.

—No, al revés. Quiero besártela, cogerla con las manos, apretártela y que te corras en mi boca. Me apetece mucho.

Pero no le permití salirse con la suya. No me importa ceder en un restaurante, en las comidas, en ver tal o cual película o en lo que sea, pero en el sexo no. Mando yo y se hace lo que yo diga en el orden que a mí me apetezca. Nikolái Smirnov es lo mejor que hay en el sexo, y se iba a demostrar.

Además, que estuviera un poco tonta y enfadadita me gusta mucho. Pronto se convencería de que necesitaba eso y nada más que eso. Quería embestirla estando yo de rodillas, sobre la cama y ella tumbada boca arriba con las piernas juntas y levantadas. Si no accedía, se las levantaría yo mismo.

Así lo hice. Intentó cerrarlas, pero entonces las levanté y ya daba igual lo cerradas que quisiera mantenerlas. Se removió un poco y gritó. Me insultó y me daba golpes con el puño en los brazos. Así solo conseguía excitarme más. La penetré y empecé a moverme muy deprisa y con fuertes empujones de pelvis.

—Sí, mi macho, sí, así. Tú sí que sabes lo que me conviene. Ah, qué gusto, qué postura tan buena. Es justo lo que necesito, un hombre como tú que me sepa manejar y me quite la tontería. No hay de estos en Italia...

—Ya lo sé. Reconócelo, no hay nadie como Nikolái Smirnov. Dilo.

—No, no hay nadie como tú, nadie, *nessuno*... ¡¡Nicolái, Nikolái!!

Tras algunos asaltos más, Stella cayó vencida por el cansancio y se durmió un par de horas. Estuve en la habitación, junto a ella, tumbado, pero sin dormir. Estuve escribiendo unos mensajes, contestando a colegas que estaban lejos y en la trena o a punto de entrar, dando consejos y quitando miedos a los más jóvenes.

A las 12 en punto avisé a Stella de que debía despertar a su padre. Le costó mucho levantarse. Me dio un beso, se puso el vaquero y una camiseta y salió a ver cómo estaba su papá.

Tardó veinte minutos en regresar.

—Perdona, Nico – dijo llamándome así por primera vez –. Está en malas condiciones aún. Le he recomendado que no vaya, pero se ha levantado, se ha dado una ducha rápida y va a ir a esa comida. Dice que es la clave del viaje, que tiene que resistir aunque sienta arcadas.

—¿Ya se ha ido? - pregunté.

—No, está vistiéndose. Le he ayudado con la ropa. No podía encontrar nada.

—En un minuto te voy a subir del coche un reconstituyente que se usa mucho en Rusia ahora. Es un extracto de cereales, miel, tiene vitaminas y no sé cuántas cosas. Ayuda mucho a que las náuseas se vayan. Es perfecto para las resacas fuertes, especialmente si ha habido mezcla de licores.

>>El dolor de cabeza no lo quita del todo, pero sí asienta mucho el estómago. Es líquido. Que se tome un par de cucharadas ahora y otra antes de que empiece la comida. Dile que has ido a una farmacia.

—Le extrañará que no se lo haya llevado antes – alegó ella.

—No importa. Dile que es fuerte y que solo pensabas dárselo si le veías en malas condiciones al levantarse. Dentro de media hora te bendecirá por salvarlo. Es mano de santo.

Al minuto ya estaba en la habitación de Stella. Le di el frasquito marrón y se lo llevó a su padre.

—Bueno, ya se ha ido. Se ha quedado apenado de que no fuera con él, pero le he dicho que apenas he dormido por culpa de este dichoso dolor de cabeza. Tampoco he mentido tanto, ¿no te parece?

—Bueno, es cierto que has dormido muy poco. Espero que no te duela la cabeza porque nuestro maratón continúa a partir de ahora. ¿Preparada?

—*Preparata.*

* * * *

Hasta las cinco de la tarde estuve con ese mujerón, sin parar más que media hora para comer en el restaurante del hotel. Decir que todas esas horas junto a Stella compensaron los dieciocho meses de encierro sería exagerar mucho, pero sí que me quité el monazo que tenía de sexo.

Me costó salir de la habitación. El padre estaba a punto de llegar y no me dejaba marchar. Me rogaba besarla otra vez, la última. Quería ver mi cuerpo por última vez, mis tatuajes, mirarme la cara y que le repitiera alguna de las palabras italianas que había aprendido de ella.

Lloró como una cría. Me dio pena. De verdad que sentí pena en aquel momento. Pensé que no volveríamos a vernos. Entonces, cuando ya salía por la puerta, me dijo:

—Ven a verme a Florencia. La ciudad es antigua, tranquila y preciosa. Te encantará. Necesito estar contigo donde sea. Te pago el viaje en clase business si hace falta, no te preocupes por eso. Ven a verme en cuanto puedas.

—Acabo de empezar después de un periodo difícil, Stella. Ahora no puedo irme de vacaciones así como así. Sabes que nada me gustaría más. De hecho, me dan ganas de ir con tu padre y contigo, en serio.

>>Pero no puede ser, querida. Ha sido fantástico, he experimentado sensaciones únicas a tu lado. Eres

especial, eres la ideal para mí. Es una pena que seamos de mundos distintos.

—Toma, aquí tienes mi correo electrónico, por si te apetece escribirme algo. Entiendo bien el alfabeto cirílico, no te apures – dijo compungida y volviéndose para que no la viese llorar más.

—Te escribiré, Stella. Claro que sí.

No dijo nada. Se fue hacia la ventana y allí se quedó, con una tanga blanca como única prenda. Sus espléndidas piernas y su culo firme y rotundo, ancho y bello, fue lo último que pude ver de ella. Cerré la puerta en silencio y me marché.

Me iba triste. Es como si se me hubiese roto algo dentro. Jamás me había sucedido tal cosa. Me asusté creyendo que era algo físico. Me costó un tiempo entender que el corazón duele de pena por una mujer. Mierda, ¡qué sentimiento más jodido!

Puse el Alfa a toda máquina y me dirigí al trabajo, al Nózhikov. Mi vida estaba en Moscú y los negocios me aguardaban. No podía ser débil por una mujer, por muy espectacular y diferente que me pareciera. No me dio su número de teléfono. Yo tampoco a ella. Tendría a alguien en Italia, pensé. No podía dármelo.

SEGUNDA PARTE

Aquel mes de septiembre fue difícil para mí. No se me iba de la cabeza esa mujer. Stella y siempre Stella. No quise escribirle porque entendí que eso sería atarme a ella para siempre y la libertad se me desvanecería de entre las manos. No sé italiano, no conozco Europa occidental. ¿Qué habría podido hacer yo allí?

No me sentía bien conmigo mismo y ello derivó en más peleas de las aconsejables. A los cuatro días de irse Stella de Moscú, entró un grupo de hombres recién licenciados del ejército. Querían desfasar, beber sin límite y ligarse algunas tías. Hasta ahí, todo perfecto. Para eso están garitos como el Nózhikov.

Lo malo fue que empezaron a romper botellas en el suelo, a tirarse vasos entre ellos y a molestar a la clientela, toda ella peligrosa. Eran diez, casi todos altos y muy fuertes. Estaban en buena forma tras dos años de penurias en el ejército ruso.

Por el físico, era probable que hubieran servido en los cuerpos especiales. Se estaban emborrachando demasiado rápido y llevaban tiempo sin hacerlo. Había que parar aquello.

—*Rebiata* – les dije con un tono neutro, sin provocar –, este es un local serio y no vamos a permitir niñerías ni que perdáis el control. Podríais tener problemas graves. Es mejor que salgáis ahora. Pagad la cuenta y ya volveréis en otra ocasión, cuando aprendáis a comportaros.

—¿Eres el dueño? - preguntó el más alto de ellos, un enorme ruso de pelo castaño, ojos zarcos y cuello corto de toro.

—Para vosotros, ahora, sí. Ya me habéis oído. No lo pongáis difícil. He estado aguantando, a ver si os calmabais, pero estáis destrozando vajilla, habéis roto algunos tacos de billar y esto se acabó. La gente se está molestando, estáis dando la nota. Sobráis aquí.

—Me parece que vas a tener que aguantarnos un poco más. No tenemos ganas de marcharnos tan pronto. Estamos de celebración, ¿verdad, tíos?

Los nueve gritaron a coro: ¡¡¡urráaaaaa!!!

—Me alegro de que estéis contentos. Seguid la juerga y la alegría en otro sitio, hay miles en Moscú – advertí con un tono que no admitía réplica.

—¿Qué vas a hacer si no nos vamos? - preguntó otro de ellos, un caucásico muy moreno de piel, con pinta de ser el más peligroso de todos.

—No contemplo esas tontas hipótesis. Si no salís, os sacaré yo. A todos. Se acabaron las palabras – anuncié.

Notaron que yo hablaba en serio. Cesó la música y la clientela se quedó parada. Iban a verme por primera vez en acción. Casi nadie daba un duro por mi piel en aquel momento. Los dos gorilas de seguridad vinieron desde la puerta, pero les dije, con un gesto de la cabeza, que volvieran a lo suyo.

El caucásico aprovechó ese momento en que me giré para soltarme el primer puñetazo. Estaban buscando eso, una buena pelea. Lo vi desde el principio. Pero ellos no sabían que yo necesitaba justo una pelea como aquella.

Para mí solo. Cuando volví la cabeza para encararme con ellos, me agaché instintivamente y el puño del moreno me rozó el pelo, sin tocar la piel.

Se llevó un gancho a la mandíbula, seco y corto, salido del costado con mucho giro de cintura. Un gancho, técnicamente, perfecto. No necesité más para ese. Cayó como un fardo sobre unas sillas vacías, armando un gran estrépito.

Antes de que se juntaran los otros nueve y me fuera más difícil, acabé con dos más. Al jefe del grupo, al grandullón, le metí un codazo en plena barbilla, de abajo arriba. No pudo resistir ese golpe imprevisto y cayó al suelo poco a poco, de rodillas, noqueado del todo. Un taco se me vino encima.

Lo bloqueé con los antebrazos cruzados, yendo hacia el agresor y parándolo en la base, para que no me destrozara ningún hueso. En el mismo momento del bloqueo, una patada frontal se clavó en su estómago y después, a gran velocidad, le di dos más, una en giro y otra en salto. A ese le reventé la nariz y le salté dos dientes.

Quedaban siete, pero todos ellos empezaron a sentir miedo. Como suele ocurrir, nadie quería ser el cuarto en caer. Sabían que todos juntos acabarían conmigo, pero las dudas y la falta de confianza entre ellos me daban cada vez más opciones. Cogí el taco del suelo.

Dos se atrevieron a venir a por mí a la vez, sin duda en algún movimiento ensayado muchas veces en el ejército. Me tiré al suelo rodando porque habría sido imposible acertar a los dos al tiempo.

Al levantarme, tenía a otro a dos metros. Le di un golpe lateral con la punta del taco en la nuez. Empezó a ahogarse. Durante unos minutos, estaría fuera de juego. Me preocupaba la pareja que actuaba junta. Ya venían por mí.

El más robusto de los dos traía guardia de boxeador, con la mandíbula bien protegida y metida en el cuello. El otro parecía más saltarín y estaba esperando el momento para destrozarme de una patada. Tenía las piernas muy gruesas.

Cuatro puñetazos velocísimos aterrizaron sobre mi cuerpo, dos se los llevaron mis hombros (me gusta cubrirme con ellos, levantándolos), uno el costado izquierdo y otro pude bloquearlo bien. Pegaba fuerte.

Entonces, me agaché de repente y le cogí de los gemelos, levantándolo en el aire. Pegué mi cara a su pecho para no llevarme ningún puñetazo en la nariz o en la mandíbula y lo lancé hacia atrás.

Me llevé algunos puñetazos en la cabeza, poca cosa. Se golpeó la nuca contra la mesa y se hizo una fea herida de la que comenzó a manar sangre. El cuello aguantó, podía haber muerto de esa caída.

El pateador aprovechó mi llave para golpearme por detrás. Me dio una fortísima patada en la espalda, a la altura de las vértebras dorsales. Acompañé al golpe y me dejé caer, rodando hacia adelante para ganar espacio y tiempo.

Me quedé tumbado, fingiendo dolor, para ver su reacción. No se fiaba y permanecía de pie, quieto. Me levanté con lentitud, saqué mi puño americano de acero y me lo puse en los nudillos de la mano derecha.

La pistola no sería necesario sacarla con aquellos pobres bebés. Incluso el puño americano me pareció un alarde innecesario, pero había que imponer un poco de orden.

Los cuatro que aún no habían participado no se atrevían ya a entrar en la pelea. Solo miraban, desde la segura distancia del cobarde. En el caso de que yo cayera me patearían el hígado gustosos, a placer. Pero venir por mí era cosa de hombres y allí había muy pocos aquella noche.

El pateador empezó a recular. Temía el metal de mi puño. Lo fui acorralando contra la pared. Cuando no pudo huir, desesperado, se lanzó hacia mí con una patada voladora en salto, levantando primero un pie y luego el otro. Una patada muy fácil de evitar si se ve venir.

Me retiré medio metro y cuando cayó ya tenía los nudillos de metal incrustados en su nariz. La napia se quebró con un chasquido desagradable. Le metí seis puñetazos más en la cara.

Se quedó en el suelo, hecho un ovillo, cubriéndose con los brazos y pidiendo clemencia, sangrando como un gorrino en matanza. Los cuatro cobardes salieron corriendo del bar.

A los heridos los fueron sacando entre los dos porteros y algunos valientes que suelen aparecer cuando todo ha acabado, quizá para intentar así aplacar su mala conciencia. Me quedé con las caras de todos estos. No se atrevían a mirarme. Ni uno solo hizo amago de ayudarme en la bronca.

Esa noche dejé claro a todos quién es Nikolái Smirnov. Oleg no solía estar en el bar por la noche. Se enteró al día siguiente de la pelea. Me dio una palmada en la espalda.

—Sabía que eras el hombre adecuado. Vas a llegar lejos, Kolia, muy lejos. Lo tuyo son las peleas mano a mano, no hay duda. Tienes muchos cojones y en su justo sitio, como a mí me gustan los hombres.

>>Con lo que vi en Krasnoyarsk tuve suficiente, pero veo que no tienes límite. Eres mi hombre de confianza. Tienes total libertad para resolver los asuntos a tu modo. No puedo reprocharte nada. Das la cara por mí. Yo la daré por ti siempre que haga falta, no lo olvides. Oye, ¿te encuentras bien? Te noto un poco cambiado estos días.

—Sí, todo va bien, Oleg, tranquilo.

—¿Es por esa morena que apareció por el bar hace unos días? Me han descrito cómo era. Te fuiste con ella.

—No se puede hacer nada, es extranjera. Estuve un día con ella. Así es la vida – dije.

—Si puedo ayudarte en ese sentido, no tienes más que decírmelo – dijo Oleg – . Eres muy joven. Recuerdo que yo, a tu edad, tampoco dejaba escapar ni una sola palomita. Qué tiempos. Pero te entiendo bien. Hay mujeres que se te meten entre ceja y ceja y no salen de ahí por mucho que finjas, ¿verdad?

—Así es. Solo tengo su correo, pero aún no le he escrito. Creo que si lo hago voy a complicar mi vida mucho. Tengo ese presentimiento – afirmé.

—Bueno, si la mujer es la mitad de lo que he oído, quizá merezca la pena un poco de complicación. Es cosa tuya...

Sí, era justo lo que yo pensaba. La vida es para vivirla venga como venga. Estaba deseando escribir a Stella, pero no sabía bien qué. No soy precisamente un catedrático de literatura. No he escrito ni una mísera postal en mi vida. Me da más miedo esa carta que lo que pase después.

—Como muchos hombres, tienes miedo a escribir y que la carta le decepcione. No estás acostumbrado a hacerlo – dijo Oleg leyéndome el pensamiento.

—Sí, un poco es eso también – reconocí.

—No es tan difícil escribir lo que sientes. Hazlo despacio y sé sincero. La verdad te ayudará. No importa el estilo. Ya sabe que no eres escritor. Eso no importa. Ella quiere leer algo de ti, lo que sea, pero tuyo, y saber que la recuerdas.

>>Lo demás no importa. Hazme caso. Es correo electrónico, es más frío, pero tus palabras pueden hacerle sentir fuego dentro. Escribe poco y con el corazón y no fallarás.

—Gracias, Oleg. Voy a intentarlo – dije.

—En Krasnoyarsk te leíste media biblioteca. Me hiciste caso. Verás como no te cuesta tanto como crees. Las palabras están ahí, solo tienes que poner un poco de orden.

>>Escribe y luego revisa todo y cámbialo, pero al principio escribe fluido, sin parar. Cuando te la ligaste con tu labia, ¿qué palabras usaste? No te costó entonces. Pues lo mismo con la tecla. Tú no tienes miedo a nada, Kolia, a nada.

Empecé a escribir a Stella al día siguiente, por la mañana, desde mi iPhone. Ese maldito aparato me cambiaba todas las palabras que yo quería utilizar. Necesitaba un teclado normal, de ordenador. Así no podía. Me fui a un cibercafé y escribí desde allí.

Querida Stella:

Espero que estés bien. Te echo de menos. No he escrito antes porque no soy lo que se dice un literato, pero pienso en ti cada día, a todas horas. A veces me arrepiento de no haberme ido contigo, pero no me conoces casi.

¿Qué haría yo allí? Recuerdo cada momento que pasamos juntos, en los bares y en la habitación.

No puedo pensar en nada, estoy distraído, abatido, de mal humor, triste. Y todo es porque no estás aquí, conmigo. Pensaba que no haría falta decirte lo obvio, pero las mujeres necesitáis leerlo o escucharlo. Sí, estoy enamorado de ti. Vale, ya está, ya lo tienes.

Si te apetece escribirme, espero tu respuesta.

Un beso en tus dulces labios,

Tu Nico

* * * *

Tres horas después llegó su respuesta, que esperaba ansioso.

Caro Nico:

No imaginas la alegría y el alivio que ha constituido para mí tu carta. Ha pasado casi una semana y ya no me quedaban esperanzas.

Iba a reñirte por esta larga tortura a la que me has sometido. He empezado muchas cartas, pero las he borrado todas. Había algunos insultos, ya me conoces... No quiero reñirte por nada. Me has escrito ahora y está bien.

Yo tampoco puedo estar aquí sin ti. Florencia entera se me viene encima. Necesito tus brazos, dormirme entre tu fuerte cuerpo, protegida y segura. A todas horas imagino tu cuerpo desnudo, tatuado, musculado.

Estoy repasando mis libros de gramática rusa para escribirte sin errores. Espero que la carta no sea

un desastre en este sentido. Hacía tiempo que no escribía en ruso.

Ven a verme, cariño mío, te necesito. Nos necesitamos el uno al otro, eso es obvio. Ven a Florencia, verás qué maravilla. Florencia, en esta época del año está preciosa y ya no hace tanto calor.

Iremos a museos, comeremos en las mejores trattorias, te presentaré a mis amigas (sobre esto aún no estoy segura, podrían enamorarse de ti como me ocurrió a mí). Ven unos días, aunque sea un fin de semana solo, pero ven. Ya no puedo esperar más, por favor.

Te espero impaciente.

Siempre tuya,

Stella

* * * *

La carta de Stella me hizo dar un salto y grité de alegría. Llamé a Oleg y le dije que me gustaría salir para Florencia al día siguiente. Me dijo que sin problemas, que me tomara los días que fueran necesarios.

Después me di cuenta de que había un problema. No tenía visado a Italia. Los rusos necesitamos visado para casi todos los países. Fui al consulado italiano en Moscú y me dijeron que se podía solicitar un visado urgente que me darían al día siguiente, por la mañana. Costaba 30000 rublos.

El visado normal tardaría entre una semana y diez días. No podía esperar tanto para ir a ver a mi italiana. Pagué el especial y ese mismo día reservé vuelo a Roma. No hay vuelos directos a Florencia. Avisé a Stella a través del correo.

Ella me dijo, emocionada, que iría a Roma a buscarme, con el Alfa, y pasaríamos en la capital esa primera noche. Ella me estaría esperando en la terminal de llegadas.

A las siete y media aterrizamos en el aeropuerto de Fiumicino, como estaba previsto. Aún era de día en Roma. El cielo estaba despejado. Era mi primer viaje fuera de Rusia. Jamás había salido hasta entonces.

Sentía mucha curiosidad por ver un país extranjero. Para los rusos, países como Italia, España o Grecia son como sueños, fantasías. Casi no los sentimos como países de verdad, sino como una ilusión inalcanzable.

Pero yo estaba allí, en la capital, en el centro de lo que fue el Imperio Romano. Y allí me esperaba mi gran amor, la inigualable Stella.

Salí con mi pequeña maleta de mano y allí estaba Stella, sonriendo al verme.

La abracé, la besé y la levanté del suelo. Ella chilló, emocionada y orgullosa de su hombre extranjero, exótico en Italia, como ella lo era en Rusia.

Estuvimos besándonos un buen rato. Conseguimos desenlazar nos con alguna dificultad y fuimos hacia su coche.

—Tendrás hambre después del viaje, supongo. ¿Quieres que cenemos algo ahora? - me preguntó.

—Han dado un bocadillo en el avión. El hambre que tengo es otra - contesté.

—¿Cuál es? - dijo lasciva.

—Es de ti, hambre stéllica. Quiero comer tu cuerpo hasta saciarme.

La respuesta satisfizo a Stella. Vino a buscarme embutida en un vestido rojo más corto que aquel blanco de mis recuerdos con ella en Moscú y aún más escotado. Estaba más que espectacular. Me tuve que refrenar para no devorarla allí mismo, en el coche.

—¿Qué piensas? - preguntó ella.

—No pensaba, solo reprimía deseos de follarte aquí mismo, en el coche, en este asiento donde estoy.

—A mí me apetece también. Hagámoslo. No puedo esperar a llegar al hotel, yo tampoco puedo – dijo Stella.

Cogió un desvío, salió de la carretera principal y se metió por un camino flanqueado de árboles. Allí, medio escondiendo el coche entre la vegetación, dimos rienda suelta al fuego que nos devoraba.

Ella, subiéndose un poco la parte de abajo del vestido, se pasó a mi lado, se me puso encima y empezamos a tocarnos y a besarnos, poseídos por el deseo e inconscientes de todo lo que nos rodeaba. Me comí sus morenos pechos turgentes y pesados con ansia.

Ella, mientras yo cenaba esos exquisitos manjares, me había sacado, no sé cómo, la polla por la cremallera, manipulando pantalón, calzoncillos y todo lo que se le puso por delante.

Quería comérmela, lo sentía, pero yo no podía parar de morder sus deliciosos pezones, oscuros como toda ella, de un marrón violáceo que me volvía loco. Stella tiene unos pezones muy grandes rodeados por areolas también muy amplias. Tienen el tamaño ideal en proporción a sus grandísimos senos.

Me cogió la polla y empezó a meneármela y a acariciar la punta. Había venido sin bragas ni sujetador. Pienso que tenía planeado ese polvo en aquel preciso lugar. Encontró ese sitio estratégico demasiado deprisa.

¡Qué mujer, pensaba en todo! Como vio que la postura era complicada para comérmela, se subió sobre ella y empezó a trotar como una amazona. Cuando entró por primera vez, gritó como una demente.

Gritó tanto y gimió de tal manera que tuve que concentrarme para no correrme al escucharla. Esa postura es muy adecuada para el primer polvo, porque tardas en terminar.

Estuvimos bastante tiempo así, ella saltando sobre mí y yo dedicado a comer de ese maná inagotable que eran sus tetas divinas. Se hizo de noche y logré que Stella condujese hasta el hotel.

Estaba muy caliente y no podía dejar de tocarme el paquete a través del vaquero, las piernas, el pecho y mis labios. Yo le mordía los dedos y se los chupaba. Cuando por fin llegamos, nos bajamos del coche y volvimos a empezar.

Nos besamos allí, de pie, en medio de una estrecha calle, a la vista de todos. Muchos hombres no podían quitar los ojos del cuerpazo de Stella y se paraban, apreciando las bonitas piernas torneadas y morenas.

En el hotel llevó a cabo lo que tuvimos que aplazar en el coche.

Antes quise asearme un poco, pero ella me bajó el pantalón, me la lavó con jabón sobre el lavabo, la aclaró lentamente, tocándola mucho y así, limpia y mojada, se la llevó a los labios y me hizo una felación de rodillas mientras yo aguantaba estoicamente de pie. Me lamió los huevos, me los agarraba con las palmas de las manos. Estaba aún más encendida que en Moscú.

Es como si llevase años sin tener sexo.

Me corrí dentro de su boca y se lo tragó al instante. Me pidió más.

—Dame más, mi hombretón, mi macho verdadero, mi cabrón insaciable. Tienes mucho más en estos huevazos enormes que te cuelgan ahí. Dámela toda. Me gusta el sabor de tu semen, no está muy salado, es muy agradable.

A las diez de la noche se dio cuenta de que yo tendría hambre. Menos mal, porque estaba que desfallecía. Yo no decía nada porque no pongo excusas. Cuando una mujer necesita marcha, la máquina Nikolái Smirnov se pone en marcha y no conoce la palanca que pone “stop”.

Bajamos a una pequeña trattoria cercana al hotel y me puse ciego a pasta boloñesa, trozos de una pizza casera riquísima, todo regado con un vino que no conocía, muy popular en Italia, *Lambrusco*, que entraba muy bien.

De postre me tomé una copa de helado de cinco bolas, con diferentes sabores. A Stella le gustaba verme comer. Ese día, en su territorio italiano, no la vi tan hambrienta como en Moscú. Comió menos de la mitad que yo.

Después de cenar, seguimos con nuestro particular maratón sexual hasta las tres de la madrugada.

Al día siguiente, hacia el mediodía, salimos para Florencia en su coche. La distancia entre ambas ciudades es de unos 280 kilómetros. Me dijo que lo haríamos en menos de tres horas. Stella conduce bastante rápido y bien. A medida que nos acercábamos, vi que su semblante se entristecía.

—¿Qué ocurre, Stella? Nos acercamos a tu ciudad y no pareces contenta – comenté.

—No te preocupes, pensaba en una conversación desagradable con mi padre. Últimamente está muy pesado y no coincidimos mucho.

—¿A qué se dedica, si puedo preguntarlo?

—Es político. Es un alto asesor del presidente y trabaja también en comisiones importantes de la Unión Europea. Está metido en muchos asuntos, y no todos ellos limpios, creo, pero él jamás me cuenta nada sobre eso.

—Vaya, un político...

—Si estás pensando que por ser político en Europa es un gran corrupto, como todos, no andas desencaminado. La política europea actual es pura basura.

>>Son todo intereses creados y se fabrican muchas mentiras a través de los medios de comunicación, o medios de propaganda, como yo los llamo, para mantener todo este circo que solo beneficia, y cómo, a unos pocos, incluida yo al ser hija de uno de los actores – explicó Stella.

—Todo está sucio en este mundo actual, Stella. Sí, coincido contigo en que ellos tienen una gran parte de responsabilidad. Los periodistas están colaborando de manera asquerosa en mentir a todas horas.

>>Se ve tan claro que todo es un gran circo... Pero mucha gente prefiere no creerlo, es que si no, no me explico que aún crean, a diario, esa montaña de mentiras prefabricadas.

—Veo que tú sí que entiendes en qué mundo vives – dijo ella.

—¿Él sabe algo de mi existencia? - indagué.

—No, de momento no le he dicho nada. Mi padre tiene unos amigos que no me gustan nada. Son napolitanos, del sur. Puedes imaginarte a qué se dedican.

—La mafia italiana, claro – dije encantado de tratar por primera vez ese oscuro tema con un nativo.

—La mafia ha hundido Italia y seguirá hundiéndola más mientras haya aún beneficios que sacar. No pararán hasta arrasarlo con todo. Es una organización destructiva y, según mi opinión, autodestructiva.

>>Acabarán devorándose ellos mismos. Mi padre anda metido en algunos asuntos con ellos. En pocos años le alzaron a lo más alto. Hace seis años no era más que un vulgar funcionario de Florencia, un concejal de urbanismo.

>>Un día, una simple visita de uno de estos fulanos le cambió la vida. Él obedeció y se dejó aconsejar. Ama demasiado el dinero.

—En fin – siguió ella –, dejemos este *bruto* asunto. Estoy feliz de que estés aquí, conmigo. He pensado que vamos a parar en Montepulciano. Queda de camino. Es un pueblo increíblemente bonito, te va a encantar.

>>Allí hay un restaurante donde ponen un asado de carne con verduras para chuparse los dedos. Los dueños son amigos míos y estarán encantados de que les haga esta visita. Hace más de dos años que no paro por allí.

—Fantástica idea – dije yo.

Estuvimos paseando por ese precioso pueblo medieval italiano. Comimos como dos osos salidos de hibernación en primavera. Stella, esta vez sí, comió como la recordaba en Moscú, devorando plato tras plato y bebiendo vino y mucha agua sin gas.

Llegamos a Florencia ya anochecido. Tengo que reconocer que es una ciudad majestuosa que impresiona vivamente la primera vez.

Yo estaba orgulloso de nuestro Píter (San Petersburgo), pero Florencia no tiene nada que envidiarle a Firenze, como dicen en italiano. Capital de la región de la Toscana, cuna de Dante Alighieri, eso lo recordaba de mis lecturas en la cárcel siberiana.

Me pareció una ciudad ideal para vivir. Rusia quedaba muy lejos en mi mente. Mi vida anterior podría llegar a difuminarse en un ambiente como el de Florencia.

Stella me miraba orgullosa de la belleza de su ciudad. Una mujer bellísima que vivía en una ciudad casi tan linda como ella. No podía pedir más a la vida.

—Nico, estás fascinado, te lo noto. Nunca te había visto esa cara. Se te está poniendo cara de niño, estás guapísimo. Me gusta el hombretón Smirnov, pero este *piccolo Nicola* es muy agradable para pasear.

—Sí, estoy disfrutando de una ciudad perfecta. Ese puente que hemos pasado es increíble, con las casas de colores saliendo hacia afuera, como si fueran a precipitarse sobre el río.

—Es el Ponte Vecchio, en ruso Stáry Most – me explicó no sin besarme después de la sucinta explicación.

A cada paso se paraba y me besaba. Estaba muy excitada y me pareció que también nerviosa. Quizá temía que los conocidos murmurasen al día siguiente sobre su novio extranjero.

Por primera vez nos cogimos de la mano. No sé quién agarró a quién. Me parece que fue algo mutuo, en

aquella noche especial, rodeados de la belleza de siglos de esa antiquísima Italia. Habíamos calmado un poco nuestro deseo físico, animal. Nos apetecía pasear, hablar y conocernos mejor.

Recorrimos todo el centro caminando muy despacio. Me empapé del alma de aquel lugar que para mí, hasta entonces, era solo una bruma irreal surgida de las páginas de los libros.

Entramos a cenar, cogidos de la mano, en un restaurante del centro. Enseguida se le acercaron conocidos y amigos. Vi, por sus caras, que estaban muy sorprendidos de verla de la mano de un hombre. Me presentó a todos, pero no se demoró hablando con nadie. Quería ir directa a una mesa.

Stella me dijo que en ese restaurante había de todo, pero que había que comer solo, y siempre, los famosos spaghetti carbonara de la cocinera, una florentina de setenta años que tenía la mejor mano de Italia para la pasta. Eso fue lo que cenamos. Estaban realmente deliciosos.

Después de la spaghetada proseguimos nuestro paseo por Florencia. Stella estaba muy interesada en mi vida privada. Le hablé un poco, sin muchos detalles, sobre mi infancia en el norte. Le dije que no me gustaba hablar de mi vida y que no era interesante para ella.

—Nico, a mí me interesa todo de ti. No tengas miedo. Sea bueno o malo, voy a amarte igual, ¿entiendes?

—He estado en la cárcel, Stella, creo que ya lo sabes. No era difícil adivinar con lo que te conté en Moscú. Un año y medio. Atraqué un banco a plena luz del día. Yo solo. Me cogieron, claro. Fue una acción tonta.

—Dime, ¿fue por una mujer?

—Sí, por una fue. ¿Cómo lo has sabido?

—Te conozco, Nico. Solo harías una tontería por una mujer que te deslumbre, de la que te enamores. Ahora me siento celosa de ella, no puedo evitarlo. Las mujeres somos así, Nico. ¿Cómo era?

—Físicamente muy atractiva, pero lo contrario a ti. Una rusa pura. Alta, rubia, de piel muy pálida, ojos grises y mirada melancólica. Era la hija de un nuevo ruso, ya sabes, los nuevos multimillonarios que hicieron su fortuna en semanas, en los caóticos y salvajes años noventa en Rusia.

>>La conocí en una discoteca y se encaprichó de mí. Le dije que no era hijo de ningún rico y que conmigo no podría tener los caprichos a los que estaba acostumbrada.

>>Dijo que no le importaba, pero no la creí. Y un día sentí rabia por mi condición, por mi vida, por el abandono de mi padre, por mi infancia estúpida y desordenada.

>>Sin planearlo en ningún momento, entré en aquella oficina bancaria. La idea era comprarle un anillo de diamantes, el más caro que encontrase y dárselo en una isla griega, tras viajar en business y beber champán.

>>Fantasías de un niño que no sabía lo que es la vida. En el fondo no solo sabía que me cogerían, sino que creo que lo estaba deseando.

—Supongo que te escribiría, habrá ido a verte a la cárcel – dijo Stella.

—No supe más de ella. Tampoco lo esperé, en ningún momento. Mi vida cambió. Mi corazón se ha endurecido mucho, aunque nunca haya sido blando que digamos.

—Qué niña estúpida. Un hombre que hace todo eso, se juega la vida y la libertad por ella y no lo entiende.

—Pero aquí estoy otra vez, haciendo otra locura por una mujer, de la que, ahora sí, estoy seguro, estoy enamorado hasta las cachas – reconocí.

—¿Locura?

—Sí, Stella, locura. Dime, qué hago aquí. He sido sincero contigo, te he contado mis secretos. En cambio, no sé nada de ti. Nos enrollamos una noche en Moscú, tuvimos sexo muy bueno y nos gustamos. Pero dime, soy un desconocido, un delincuente además. ¿Para qué me necesitas en Italia?

—Pero Nico, ¿de qué hablas? Te amo, te necesito por eso – dijo abriendo mucho los ojos.

—Desde el principio siento, y suelo acertar con estas impresiones, que me estoy metiendo en la boca del lobo. Pero no veo al lobo, no sé cómo es, qué colmillos tiene ni por qué me espera – expliqué.

—Sé – continué – que me ocultas algo importante. No te atreves o no te interesa decírmelo aún. De todas formas, voy a seguir contigo. Una traición no puede ser porque no debo nada a nadie.

Stella respiró profundamente y bajó la cabeza. Se paró. Estábamos en una callejuela estrecha y mal iluminada.

—Nico, tú puedes entenderme. Solo quiero ser libre. Y al verte, en aquel bar, con tu forma de moverte y de mirar, vi una postura y una actitud de un hombre libre de verdad, que no teme a nadie, que no le arredra nada. Lo sentí.

>>Cuando te acercaste temblé por dentro. Me gustaste tanto desde el principio... Verás, hay un hombre, tan poderoso como peligroso, que me acecha sin parar. Es jefe de un grupo de la Camorra italiana, la mafia de Nápoles y alrededores.

>>Está enamorado de mí y pretende casarse conmigo. Ese grupo encumbró a mi padre a llegar donde está. Ya sabes algunas cosas. Todo es gracias a ellos. Él considera que debe pagar de esta forma, aunque no lo dice así. Me habla maravillas de Fabio. Fabio ha dicho, Fabio ha hecho, Fabio piensa que... ¡Mierda con Fabio!

—O sea, que estáis prometidos – dije yo.

—No, yo no estoy prometida a nadie. No me ha tocado nunca, de momento no se atreve. Un día cené con él, presionada por mi padre. Me lo rogó, me lo suplicó de rodillas. Acepté.

>>Me da tanto asco ese hombre, con su pelo engominado, sus trajes caros en un cuerpo fofo y blando. No tiene estilo, no tiene carácter. Solo poder y muchos matones que lo protegen. Es inseguro y malvado. Jamás me casaré con un hombre así, Nico. Nunca.

—Contigo solo quise ser libre por una noche – continuó –. No pretendía nada más. Pero me enamoré de ti. Mis lágrimas en la habitación, cuando te marchabas, eran sinceras. Lloré de pena y de amor.

>>Creí que no te vería más. A medida que pasaban los días y no me escribías, entendí que para ti fue solo un juego. Eso me decían los hechos, pero mi corazón me decía lo contrario, y esa lucha fue dolorosa.

>>Mientras tanto, Fabio ha intensificado sus ataques. Me llama todos los días, intenta quedar. Quiere venir a Florencia cada noche. Le pongo excusas, pero sé que va a venir algún día.

—No creo que le guste vernos juntos. Además, y conozco bien el tema de las mafias, más de un chivato ya le habrá dado aviso. Ahora mismo sabe que has cenado conmigo. Así funciona esto. Viven de la información – opiné.

—Nico, escúchame. Sé lo que parece, que te he utilizado, que te he hecho venir para que así Fabio deje de tener interés por mí. Nada de eso. No tengo nada con ese hombre. Las corruptelas de mi padre son asunto suyo.

>>No tiene derecho a mezclarme a mí en eso. Tiene dinero de sobra. Solo soy un capricho temporal para ese cerdo. He oído historias de él. Tiene un harén de mujeres, se cree el macho de Italia. A mí me quiere solo para lucirme como un florero bonito en un salón. Le parezco la adecuada para esa función.

A partir de ahí, se hizo un silencio incómodo. Seguimos andando y llegamos a su casa. Stella vive en una villa impresionante. Rodeada de setos y jardines, la fachada es de piedra antigua, con escudo nobiliario arriba.

Con seis habitaciones, tres baños y un enorme jardín lleno de árboles y flores. Vivía en el lujo pagado por la corrupción. Lujo y corrupción raramente dejan de ir de la mano.

Nací en una casa destartada y por donde se colaba el congelado viento en invierno, causándome sabañones. Algunas veces solo teníamos patatas para comer. Al entrar en esa casa decidí que sería mía para siempre.

Unos mierdas italianos de tercera no iban a impedir que yo disfrutara de eso, ganado solo con mi encanto y, por qué no decirlo, también por otro órgano importante. Por una vez no había robado para conseguir algo.

Me pareció limpio y justo. Decidí, en ese preciso instante de ver el caserón, que mi sitio estaba allí y solo me sacarían de allí muerto.

Ya esperaba a Fabio y a los suyos. Como vine en avión y no tengo conocidos en Italia, solo pude meter en mi maleta un puño americano. Era mi única arma. No necesitaba más. Amo a Stella y no tenemos por qué huir a ninguna parte. Son otros los que tendrán que abandonar la plaza.

Stella tenía una fantasía. No era otra que hacer el amor en la parte de atrás de la casa, donde tenía una enorme piscina, hamacas, mesas para comer, una mesa de ping pong, columpios para niños y un balancín.

Por todas partes había árboles y estos desprendían, en la plácida noche toscana, un aroma que me trasladó a otro mundo. Sentí esa casa como mi hogar.

No quería pensar en ello, pero tendría que decirle a Oleg que mi vida como *vor v zakone* (delincuente de ley, que sigue las normas de los hermanos de profesión) había terminado.

—Stella, amor mío. Quiero decirte una cosa importante. Al menos, es muy importante para mí, espero que para ti lo sea también.

—Dime – dijo feliz de conocer nuestro futuro.

—Me siento en casa, siento que es mi hogar. Esta casa, yo aquí contigo... No quiero irme de aquí. Nada me sacará de este lugar. He encontrado mi sitio en el mundo. Y pensar que he tardado seis días en darme cuenta y venir. Perdóname por haberte hecho esperar.

—Nico, estoy tan feliz de escuchar esto. Sabes, yo quería proponerte que te quedaras una temporada. No sabía cómo hacerlo. No sabía qué decir, cómo lo aceptarías. Además, el tema de Fabio me molesta tanto.

>>Tienes que creerme, no quiero que estés aquí para darle una lección, ni nada por el estilo. Pero es cierto que va a molestarnos. Intentará fastidiarnos de mil maneras. Es un mal hombre. Lo veo en sus ojos. Lleva el mal dentro.

—El que interfiera en nuestra felicidad lo pagaré caro, querida – sentencié.

—Quiero que te quedes siempre, quiero estar solo contigo, sea donde sea. Si tanto te gusta Florencia y esta casa, que sea aquí. No me importa el lugar. Me importa solo nosotros, y me importa que estemos juntos. Lo demás es accesorio.

Entre frase y frase nos besábamos, sentados al principio, medio tumbados con el paso de los besos, en el balancín que estaba junto a la piscina.

—Stella – dije mirándola intensamente a los ojos –, ¿quieres casarte conmigo?

—Nicooooo... ¡¡¡¡SÍ!!!! *Voglio, voglio, voglio* – dijo inundándome a besos. Jamás pensé que me lo pedirías tan pronto, casi nada más llegar. En este lugar tan especial para mí. Así es justo como lo soñaba. Tenía que ser aquí.

—Bueno, también tienes que coger esto – dije dándole una cajita cuadrada.

Lo abrió. Era un anillo de platino lleno de diamantes. Fue un regalo de Oleg. Yo no habría podido comprar algo así. Tenía la bendición de mi protector.

—Nicooo, es precioso. Qué maravilla. No hacía falta que fuera... bueno... así. Lo mejor ha sido tu cara al decírmelo, con esta carita de niño que se te está quedando en Italia. Te sienta muy bien la Toscana.

Le puse el anillo y me abrazó, llorando. Estuvimos abrazados mucho tiempo. Después, poco a poco, empezamos a tocarnos y terminamos desnudos. En el balancín habría sido complicado hacer nada, así que le propuse darnos un baño juntos y hacer el amor, ya como novios formales, dentro del agua.

Le encantó la idea. Nos metimos a la piscina desnudos como estábamos. El agua estaba templada, muy agradable. Nadé un poco y me alejé de Stella. Después volví por debajo del agua, buceando, y le agarré las piernas. Gritó y rió. La levanté sobre mis hombros y la lancé hacia atrás. Estuvimos jugando como niños un buen rato.

Pero al final, como nos ocurre siempre, nuestros cuerpos hablaron y nosotros callamos. En el agua es más fácil todo.

Ella de pie, apoyada en la escalera y yo por detrás, bien pegado a ella. Lo hicimos muy despacio y muy suave, para variar. Cuando estábamos a punto de acabar juntos, un fuerte ruido nos sacó de nuestro feliz ensimismamiento. La voz de un hombre se oía fuerte.

—¡¡Stella!! ¡Stellaaa!

—Es Fabio. Tenías razón, Nico. Alguien se ha ido de la lengua muy rápido. Maldito cabrón. Es mi casa y no tengo nada con él, no le debo nada ni tengo por qué responderle de lo que haga. Se lo dije una vez, pero parece que no le ha quedado claro.

—Vamos a ver si a un hombre lo respeta un poco más – dije saliendo de la piscina.

—Nico, ¿qué vas a hacer? Va siempre armado, no salgas. Quedémonos. Se cansará de gritar. Ya se irá. Me da igual ese tío. Lo único importante eres tú. No quiero que te ocurra nada.

—Tranquila, solo voy a hablar – respondí.

Me puse la camisa y el pantalón y así, mojado, fui hasta la parte delantera de la casa, donde estaba el tal Fabio llamándola a grito pelado, como un bebé a su madre cuando se queda solo. Estos italianos...

Cuando me vio acercarme a la verja de la entrada, se le atragantó la T de Stella. Se quedó en el aire una “s” líquida silbante como la de una serpiente.

—¿Qué ocurre, figura? ¿Qué te pasa, qué son estos gritos? ¿Por qué molestas? - pregunté en ruso.

—¿Quién eres tú? - dijo él en italiano.

Como él sabía tanto ruso como yo italiano, el diálogo podría haber durado hasta el Día del Juicio Final. Entonces, apareció Stella por detrás.

—Fabio, ¿qué haces aquí, a estas horas y dando esos gritos? ¿Te has vuelto loco?

—Sí, estoy loco, pero de celos y de odio. Me han dicho que lo estás pasando en grande con un amiguito, con el alemán este – dijo él.

—A ti no te incumbe mi vida, te lo avisé. Te lo dije en serio, muy clarito, hace poco tiempo. Que me dejaras en paz. No quiero verte, no tengo nada que ver con los chanchullos de mi padre. Búscate una fulana para que te haga compañía, pero a mí déjame en paz. Ahora vete de aquí y no se te ocurra volver.

—Abre la puerta, Stella. Abre o entraré de todos modos – avisó él.

—Quiere entrar como sea – me dijo Stella en ruso.

—Creo que sería bueno que entrara. Así, desde lejos, parece que no entiende bien. Parece corto de entendederas. O quizá sea sordo – dije.

Dicho y hecho. Abrí la verja y me quedé esperando su reacción. Me pareció un tipo pequeño, un retaco regordete y feo, muy feo. Era desagradable a la vista, aunque fuera impecablemente vestido.

Nada más abrir yo el portón de la verja, intentó empujarme con ambas manos para ir directo a por Stella. Terminó en el suelo, y lo peor es que no entendió cómo. No tenía ni idea de pelear cuerpo a cuerpo. Inútil total.

—*Sacco di merda!!* - dijo el pequeñín.

—Levántate y lucha como un hombre – le contesté en ruso.

Fabio se levantó, sacó una navaja automática y la abrió con un resorte. La hoja era larga, de unos quince centímetros. Abrirse la navaja y recibir un directo de derecha en la nariz fue todo uno. Se la rompí y cayó al suelo, ciego de dolor y rabia; ya he dicho que parecía muy débil.

Chilló como un gorrino, sangrando con profusión. Le pisé la mano que aún sostenía el cuchillo y lo levanté del suelo con una mano. Le metí otro puñetazo, pero ahora en la boca del estómago.

Se quedó sin aire, boqueando como un pez fuera del agua. No quise darle más, no merecía la pena. Entonces vi que salían de un coche, aparcado a unos veinte metros, tres de sus hombres. Venían hacia la casa.

Cerré la verja. Los camorristas llevaban sendas pistolas en las manos. Supuse que Fabio llevaría la suya debajo de la americana. Lo registré y encontré dos. Las cogí y me las guardé con rapidez en los bolsillos de atrás del pantalón.

A Fabio lo escondí detrás de un arbustos, fuera de su vista. Cuando llegaron a la verja, gritaron a Stella:

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Fabio? Lo hemos visto entrar – gritó uno de ellos, que tenía cara de buitre.

—Salgan de mi casa o llamaré a la policía – dijo Stella firme, sin miedo.

Entonces el buitre apuntó a Stella con su arma, introduciéndola entre las rejas del portón. Yo estaba oculto tras un arbusto de la entrada y no me habían visto aún. Con rapidez y en silencio, le arrebaté la pistola y, con la mano libre, rompí otra nariz itálica metiendo medio brazo entre los barrotes.

Los otros dos se pusieron en posición de disparo. Yo iba a apretar el gatillo del arma de Fabio, pero éste, saliendo de entre los arbustos gritó:

—¡Quietos todos! ¡No disparéis!

—De acuerdo, chicos, nos vamos, ya nos vamos, no pasa nada – añadió mirándome, para que Stella me tradujera sus palabras.

—Dice que se van, que no disparen. Se van, no hagas nada – tradujo Stella.

Abrí la puerta y Fabio salió, con un pañuelo bajo la nariz, empapado en sangre.

Se fueron sin mirarme. No esperaban un recibimiento como ese de un hombre desarmado. Una vez más, aunque fuese lejos de mi Rusia, Nikolái Smirnov imponía sus personales leyes.

¡Joderme así la noche de la pedida de mano! No los maté porque Stella se habría entristecido y no habríamos podido terminar lo que estaba loco por terminar.

Logré calmar a Stella a base de besos y abrazos. Volvimos a la piscina y, entonces sí, acabamos lo empezado como se debía. Después subimos a su habitación. La llevé en brazos desde la piscina. Ella no podía parar de reír.

Le propuse una posturita interesante. Ella en la cama, con las manos apoyadas y mirando hacia abajo; yo la agarré de los tobillos, le subí las piernas, separándolas, y así me la follé una vez más. No pudo sostener mucho tiempo la posición.

Sus tríceps temblaban. Entonces me subí sobre ella y dejé que sus pobres brazos descansaran. Stella está fuerte, hace ejercicio con frecuencia, pero mis embestidas son demasiado taurinas para resistir solo con los brazos.

Sabía que esa banda volvería. Quise hacerlo con la ventana abierta. Agucé el oído todo lo que pude. Si no era esa noche, sería la siguiente, pero me pareció más probable que volviesen justo antes del amanecer.

Cansé a Stella con otras posturas que requerían de mucha fuerza física por su parte y se durmió dos horas después, derrengada del todo.

Yo bajé al jardín, a esperar a mis amigos italianos. Tenía tres pistolas. Cogí algunos cuchillos de la cocina y me senté en el balancín. Si algo aprendes en la cárcel es a esperar con paciencia. Yo tenía tiempo.

Su orgullo herido no lo tenía. No me equivoqué. Un poco antes de las seis, cuando aún no habían llegado los primeros rayos rojos del sol para anaranjar el alba, llegaron ellos. Ya los tenía allí.

Venían andando. Habrían aparcado el coche lejos. Eran más de cuatro. Desde allí no podía saber cuántos, pero no menos de ocho. Antes de sentarme en el balancín, había inspeccionado la valla de la mansión.

La verja era alta, pero podía ser saltada por cualquier lugar. El sitio más adecuado me pareció la pared de enfrente del balancín. Había setos debajo que amortiguarían la caída y estaba lejos de las ventana del

dormitorio de Stella.

Cuatro hombres se posicionaron junto a la verja de entrada. Dos saltaron justo por donde preví que lo harían. Yo ya estaba esperando oculto entre los setos de debajo. Les rebané la garganta a los dos que aterrizaron junto a mí. Zas y zas.

En silencio, siempre en silencio. Los metí entre los arbustos. Saltaron otros dos. La misma operación de cuchillo. No saltaron más por allí. Faltaba el gran jefe. Ninguno de aquellos cuatro era Fabio. Un cobarde, entonces, me dije. Como ya le había roto la nariz, no quería arriesgar a llevarse otro mal golpe.

Esperaba que le hiciesen todo el trabajo sucio que sería, si no me equivoco, cogermé, cortarme las pelotas, metérmelas en la boca y él, señorón y digno, me mearía encima, riéndose y dedicándome alguna lindeza en napolitano antiguo.

No podía esperar a ver qué decidían. La sorpresa era mi baza y tenía que aprovecharla. Me acerqué, pegado a la tapia, hasta la verja de entrada. Allí disparé, con sendas pistolas con silenciador que quité a los dos últimos degollados, y disparé a los tres que se encontraban en ese momento.

Disparé con la izquierda y derecha al mismo tiempo, derribando a dos con balas en la frente. Al tercero lo disparé con la derecha. La bala entró justo por encima de la nariz. Faltaba uno. A la verja habían llegado cuatro. Lo vi claramente. Es posible que hubiera saltado por otro sitio mientras recibía a los brincatapias.

Abrí la puerta y miré hacia la derecha. El cuarto estaba encaramándose a la tapia para saltar también por allí. Media vuelta. Lo recibí con un tiro en la cabeza, era más seguro y quedaría menos sangre que limpiar luego en el césped.

Entonces sí, salí en busca de Fabio. Dos coches grandes estaban aparcados a cien metros de allí. En uno de ellos estaba Fabio. No quedaban más gorilas aquel día. Esperaría a que saliera. Pasaban los minutos y no salía.

Estaría llamando a sus hombres. A los diez minutos decidió abrir la puerta trasera del Mercedes 600 donde aguardaba. Miró alrededor. Salió.

Pero no fue hacia la casa sino que se metió por el asiento del conductor y arrancó. ¡Iba a escaparse! No podía permitir esa fuga. Si lo eliminaba a él, era probable que pudiéramos vivir tranquilos Stella y yo. Con él vivo, estábamos perdidos.

Volé hasta el otro Mercedes, aparcado detrás. Tenía la llave puesta. Estábamos salvados, me dije. Ese coche, sin llave, habría tardado no menos de tres minutos en arrancarlo. Conocía cómo, pero no era fácil. Salí tras él.

No me pegué demasiado. Salió de la ciudad. Supongo que hacia su territorio, hacia el sur, Nápoles quizá. No lo sabía. No conocía aún Italia.

La noche era oscura y por aquella carretera no circulaba ni un solo vehículo. Me aproximé a él antes de que llegáramos a la autopista por donde había venido con Stella. Lo embestí por detrás y después, poniéndome al lado, con un volantazo, intenté sacarlo de la carretera. Consiguió aguantar en el asfalto, sin salirse.

Otro volantazo, con el acelerador a tope. Los coches quedaron enganchados por las aletas delanteras. Lo tenía. Lo saqué de la carretera y se estrelló contra un árbol, pero no íbamos a demasiada velocidad. Estaría vivo.

Paré el coche, bajé y corrí hacia allí. Se abrió la puerta del conductor. Me tiré al suelo. Sonaron cinco disparos. Uno de ellos pasó cerca. Restos de barro y piedras me dieron en la cabeza. Vacío el cargador. Tendría más pistolas, supuse.

Me levanté, él intentaba salir con el coche. El Mercedes aguantó la embestida y funcionaba. Corrí hacia el otro vehículo. Con dificultad, él intentaba salir a la carretera, pero unas grandes piedras se lo impedían.

Encendí las luces largas y las vi. Estaba encerrado. Pero sería difícil para mí entrar a su coche. Si era un capo de la mafia italiana, los coches estarían blindados, al menos el de él. Hice un disparo de y comprobé que estaba en lo cierto. Tenía que pensar otra cosa. Estaría pidiendo ayuda por teléfono.

Salí del coche y registré el maletero. Había una garrafa vacía, una rueda de repuesto, unas pinzas y un maletín que puse en la parte delantera para mirarlo después. Fabio seguía intentando sacar el pesado coche de ese lugar.

No podría. Estaba atrapado y tenía dos neumáticos reventados. Las ruedas perderían todo el aire en pocos minutos. La solución era sencilla.

Me metí bajo el coche y con una piedra afilada, rompí el depósito de gasolina, después, con ayuda de uno de los cuchillos de la cocina de Stella, amplié el orificio, pero no mucho, pues necesitaba el coche para volver.

Por suerte, el depósito estaba lleno. Puse la garrafa debajo y esperé a llenar la mitad, con la paciencia de un preso. En dos minutos la tuve llena.

Me levanté y fui hacia el coche de Fabio. A través de la luna delantera, vi su gesto de terror. No era imbécil. Adivinó pronto lo que haría.

Como fumador que soy, llevo siempre uno o dos mecheros en los bolsillos. Rocié bien todo el Mercedes con la gasolina extraída a su compañero y tiré mi zippo sobre el techo. Fabio no salía.

El coche ya estaba envuelto en una gran bola de fuego. Tendría que salir. Todo el mundo prefiere un balazo a morir así, dentro de un coche que está ardiendo. La puerta del conductor no se abría.

Fabio lo intentaba, pero estaba bloqueada, quizá por el fuego. Pasó al otro lado y abrió la puerta del copiloto. Cuando ya iba a salir, el coche estalló. No le dio tiempo. Tarde, Fabio, cobarde Fabio. Una muerte adecuada a un cobarde, encerrado como una rata asustada.

Me quedaba mucho trabajo por hacer. Entre los arbustos de nuestra mansión yacían unos cuantos cadáveres. Tendría que hacer dos viajes con el Mercedes para deshacerme de ellos. Y el coche perdía la gasolina gota a gota.

No tardaría en vaciarse el depósito. Stella ni siquiera se despertó. A los cuatro primeros los tiré al río Arno, a las afueras de Florencia.

Me habría gustado llevar la segunda tanda de cuerpos junto al Mercedes quemado, pero sería tarde para ello. Por si acaso, dejé caer al Mercedes por un barranco que encontré al poco de salir de la ciudad. Volví andando a casa, a mi casa, con el maletín en la mano.

Antes de llegar a la mansión de Stella, lo abrí. Había dinero, muchísimos dólares americanos en billetes grandes, de mil. En total habría varios millones, y unos documentos en italiano que habría que traducir. Eso podría significar un seguro de vida para mí. También había fotos de gente trajeada.

Tuve suerte. Stella no se enteró de nada. Salté por la tapia para que no me viera entrar. Me desprendí de la ropa y me tiré de cabeza a la piscina.

Buceé casi hasta el otro lado. Salí, limpio de sudor propio y sangre ajena. Me sentí otro. Tenía una nueva vida. Me tocaba ser feliz. Y sabré hacer feliz a mi amor, Stella, la mujer de mi vida. Oí su voz desde la ventana.

—¡Nico, Nico! ¿Dónde estás, mi vida?

—Estoy aquí, dándome un baño – grité –. Tranquila, no pasa nada. Nadie va a volver a molestarnos. Creo que han entendido el aviso de antes. Ven, quiero besarte. Por la mañana, recién levantada, estás preciosa. *Lublú tebiá, Zvezdá (Estrella), ócheñ lublú!!!*

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[El Rompe-Olas](#)

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)

[— Erótica con Almas Gemelas —](#)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos

vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y

Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese

fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.